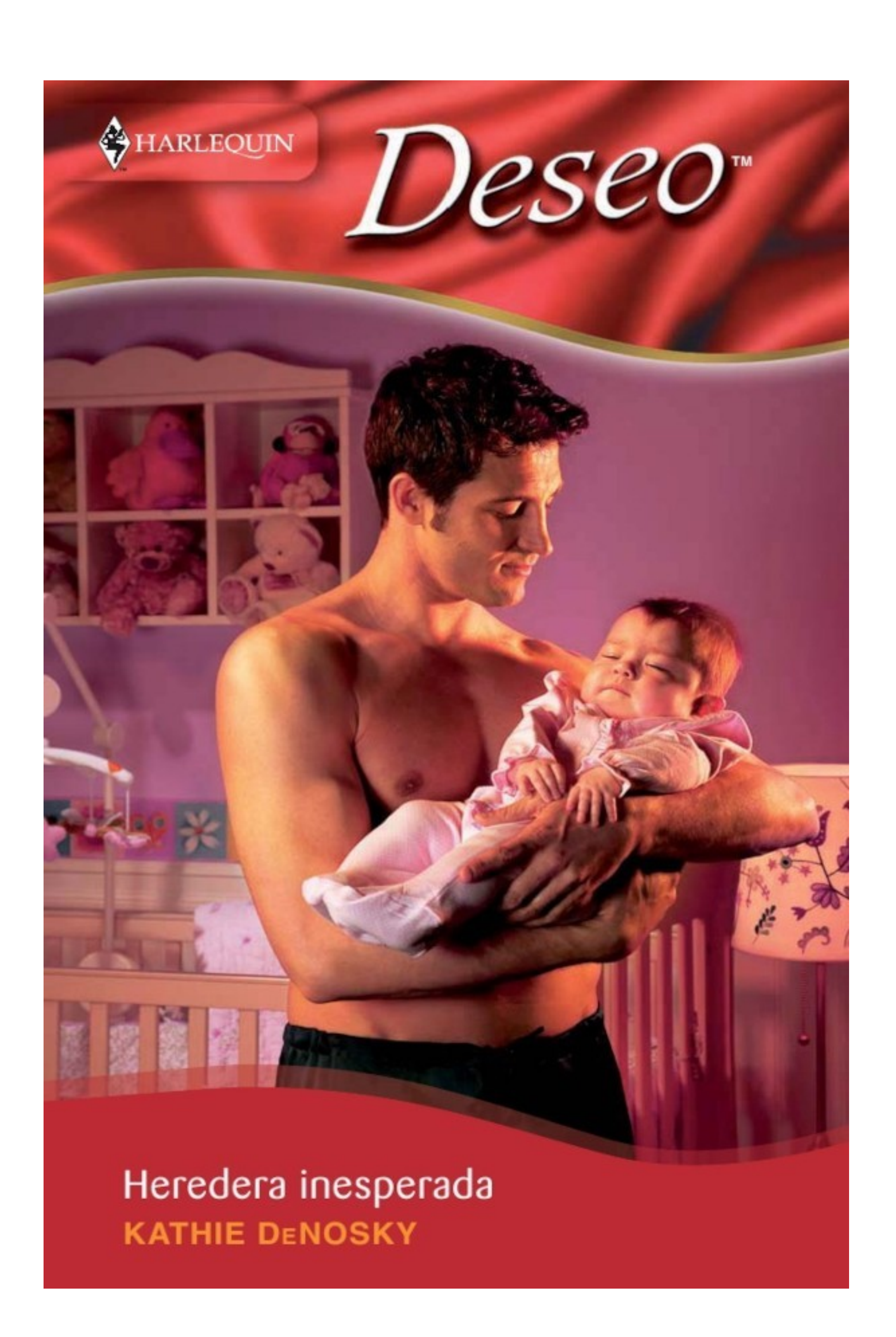

HARLEQUIN
Deseo™
Heredera inesperada
KATHIE DENOSKY

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

HEREDERA INESPERADA, N.º 1762 - enero 2011
Título original: The Billionaire's Unexpected Heir
Publicada originalmente por Silhouette® Books.
Publicada en español en 2011

I.S.B.N.: 978-84-671-9726-6
Editor responsable: Luis Pugni
ePub X Publidisa



Heredera inesperada

KATHIE DENOSKY



Capítulo 1

–Hola, soy Jake Garnier, el nuevo propietario de Hickory Hills.

Heather McGwire vio por el rabillo del ojo al hombre que le ofrecía su mano pero decidió ignorarla. Sabía quién era y prefería tocar una serpiente.

Jake Garnier era la última persona a la que quería o necesitaba ver antes de la gran carrera, pero ahora que era el nuevo propietario del rancho de pura sangres que ella dirigía no había manera de evitarlo. Tendría que acostumbrarse a trabajar para él o aguantar hasta que Stormy Dancer ganase el trofeo Southern Oaks Classic y luego buscar empleo en otro sitio.

Pero le molestaba que no tuviera siquiera la decencia de recordarla. Y le dolía más de lo que hubiera imaginado.

Cuando permaneció en silencio él la miró fijamente, como si de repente hubiese recordado…

–¿Heather?

La suave voz de barítono hizo que el corazón de Heather se acelerase, recordándole que poco más de un año antes esa voz le había hecho perder la cabeza. Ahora sólo deseaba darle una bofetada por ser el mayor canalla de la tierra.

–Jake –consiguió decir, asintiendo con la cabeza.

Con los brazos apoyados sobre la cerca que rodeaba el corral de prácticas, Heather se concentró en su cronómetro mientras Dancer pasaba la marca del cuarto de milla. El mejor caballo en la carrera Southern Oaks Classic, el mejor pura sangre, estaba en forma y dispuesto a romper su propio récord.

–Vamos, Dancer, tú puedes hacerlo.

–Me dijiste que trabajabas en un rancho, pero no sabía que fuera Hickory Hills –dijo Jake entonces, más contento de verla que ella de verlo a él.

–Para tu información, soy la gerente. El nombre del rancho y dónde estaba no salió nunca en la conversación. Además, tú no estabas interesado en los detalles personales, ¿no? –le espetó

Heather, con abierta hostilidad.

–Oye, no sé qué crees que te he hecho, pero…

–Ya da igual –lo interrumpió ella. No quería recordar lo tonta que había sido.

Jake se quedó callado un momento.

–A riesgo de enfadarte aún más, ¿cómo estás?

«Como si de verdad estuvieras interesado. Si quisieras, me habrías devuelto las llamadas».

Heather se encogió de hombros.

–Bien –contestó.

No le preguntó cómo estaba él porque sabía que le había ido bien desde que se separaron y, además, no le interesaban los detalles.

–¿Es el mejor caballo para la carrera? –le preguntó Jake, señalando a Dancer.

Haciendo lo imposible por ignorar al hombre que estaba a su lado, Heather se dirigió al jockey:

–Deja que corra lo que quiera, Miguel. No intentes contenerlo.

Jake carraspeó para llamar su atención.

–Imagino que ha sido un buen entrenamiento.

Sus brazos casi se rozaban y Heather sintió una pequeña descarga eléctrica por el brazo.

–Ha sido fantástico. Y ahora, si me perdonas, tengo trabajo que hacer.

En realidad, tuvo que contener el deseo de salir corriendo pero Jake llegó a su lado enseguida.

–Me gustaría que me enseñaras el rancho, si tienes tiempo.

–¿Ahora? Imagino que tendrás que deshacer la maleta.

Gracias al ama de llaves de la casa, Clara Buchanan, Heather había recibido una llamada en cuanto Jake atravesó la verja de seguridad al final del camino que llevaba a la mansión.

Pero no quería fijarse en sus anchos hombros ni en cómo la camiseta verde destacaba el ancho torso o los bíceps.

–Llevo cuatro días en el coche desde Los Ángeles y es estupendo respirar aire fresco otra vez.

–Por las mañanas siempre tenemos mucho que hacer aquí. Hay que ejercitar a los caballos y atenderlos…

Cuando llegaron a los establos, Heather entró en uno de los

boxes y se dedicó a ponerle el bocado y las riendas a Silver Bullet para escapar de la turbadora presencia masculina.

–Muy bien –dijo Jake, dando un paso atrás mientras ella sacaba al animal del box–. Podemos hablar esta tarde.

Heather negó con la cabeza mientras sujetaba las riendas del animal a un clavo en la pared.

–No, no lo creo. Tengo muchísimo trabajo y, si quieres que te diga la verdad, tampoco creo que pueda hacerlo mañana.

–Busca un par de horas esta tarde entonces –el tono de Jake dejaba claro que empezaba a perder la paciencia y, por primera vez, Heather vio un brillo de irritación en sus ojos azules.

–¿Alguna cosa más, señor Garnier?

Él la miró durante unos segundos antes de negar con la cabeza.

–No, pero volveré después de comer. Y espero que puedas trabajar hasta tarde porque, además de enseñarme el rancho, quiero conocer a los empleados y echar un vistazo a las cuentas.

Mientras lo veía salir del establo Heather sintió un roce en la pierna. Era Nemo, el perro del rancho, un enorme animal de pelaje negro.

–Eso de ser un perro guardián no es lo tuyo, ¿eh? En lugar de dormir deberías estar vigilando para que no entren gusanos en el rancho.

Nemo no parecía en absoluto arrepentido mientras la miraba con ojos de adoración y movía la cola de lado a lado.

Heather dejó escapar un suspiro de frustración mientras tomaba un cepillo y empezaba a cepillar a Silver Bullet.

No sabía cómo había conseguido Jake aquel rancho, pero cuando descubrió que él era el nuevo propietario se había dicho a sí misma que no pasaría nada por volver a verlo, que podría mantener lo que hubo entre ellos quince meses antes separado de su relación profesional.

Desgraciadamente, era más fácil pensarlo que hacerlo porque el sonido de su voz llevaba el recuerdo de Jake murmurando su nombre mientras hacían el amor…

Cerrando los ojos, Heather apoyó la frente en el flanco del caballo.

Durante el último año había hecho todo lo posible para convencerse a sí misma de que Jake no era tan guapo, que su

percepción de la noche que habían pasado juntos estaba nublada por la soledad y el champán. Pero ahora se daba cuenta de que estaba engañándose a sí misma.

Jake Garnier, un hombre de más de metro ochenta y cinco, era puro sex-appeal masculino y era lógico que tuviese una lista interminable de mujeres buscando su atención. Alto, moreno, guapo, de anchos hombros y delgadas caderas, tenía el físico de un atleta.

Cuando se conocieron en la subasta de caballos de Los Ángeles llevaba traje de chaqueta y corbata, pero aquel día, en vaqueros y camiseta, era la sensualidad personificada. Desde el espeso pelo negro a las suelas de sus caras zapatillas deportivas.

Suspirando pesadamente, sacó una silla del cuarto de los aperos y ensilló a Silver Bullet para llevarlo al corral de prácticas.

Por mucho que quisiera olvidar lo que había ocurrido aquella noche en Los Ángeles, en realidad no podía lamentarlo. Jake debía de ser el mejor seductor de toda la Costa Oeste, pero tenía tal encanto que resultaba irresistible.

Y se acordaba de él cada vez que miraba los ojitos azules de su hija…

Unos ojos del mismo color azul cobalto y con el mismo brillo travieso que los de Jake Garnier.

Mientras iba hacia su coche, Jake se preguntaba qué demonios acababa de ocurrir. Él no estaba acostumbrado a que una mujer lo mirase con tal frialdad y el claro desprecio de Heather no le había sentado nada bien.

Sólo había dos cosas, además de sus hermanos y su prestigioso bufete, que lo interesaran durante algún tiempo y eran los coches deportivos y las mujeres desinhibidas. Y para su inmenso placer, lo primero frecuentemente atraía a lo segundo.

Entonces, ¿por qué le importaba tanto la opinión de una sola mujer? Tal vez porque había visto un brillo de hostilidad en los ojos de Heather y eso lo había pillado por sorpresa.

Aún recordaba lo cautivadora que le pareció el día que se conocieron. Había ido a una subasta de purasangres para comprobar personalmente que la mujer a la que representaba en un amargo proceso de divorcio vendía los caballos que su marido y ella

habían comprado como inversión.

Pero enseguida había perdido interés en el desfile equino y, mirando alrededor, había visto una potrilla del género humano que le pareció mucho más interesante. Y desde que se presentó, Heather le pareció la chica más encantadora que había tenido el placer de conocer.

Pasaron el resto del día y una increíble noche juntos y, durante el último año, había llegado a la conclusión de que debería haberle pedido su número de teléfono. Aunque eso era algo que no solía hacer. Una vez que le decía adiós a una mujer no volvía a mirar atrás. Jamás había tenido el menor remordimiento por no volver a ponerse en contacto con ellas.

Al menos había sido así hasta que conoció a Heather.

Pero no podía seguir enfadada con él por no haberla llamado en los últimos… ¿cuánto tiempo había pasado, quince meses? Además de que no sabía cómo ponerse en contacto con ella, era bien conocido que él no buscaba relación de ningún tipo.

En fin, no sabía cuál era el problema, pero tenía intención de descubrirlo y solventar la animosidad de Heather de una vez por todas. Si iba a dirigir el rancho que su recién encontrada abuela, Emerald Larson, había insistido en regalarle, era esencial que solucionasen el asunto cuanto antes y pudieran llevarse bien.

Mientras tanto, necesitaba deshacer la maleta y llamar al cuartel general de Emerald, S.A. para averiguar qué demonios pretendía su abuela esta vez. Emerald llevaba meses dedicándose a buscar un alma gemela para cada uno de sus nietos y no era tan ingenuo como para pensar que no estaba intentando hacer lo mismo con él.

No sabía cómo lo había hecho, pero de algún modo había descubierto que Heather y él se conocían.

Claro que iba a llevarse una desilusión si pensaba que sus tácticas iban a funcionar en aquel caso. Él no tenía la menor intención de casarse y tampoco inclinación de cambiar su Ferrari rojo por un monovolumen con sillas de seguridad para niños y pelos de perro por todas partes.

Tendría que establecer ciertas reglas tanto para Emerald como para la gerente del rancho, pensó mientras se dirigía a la entrada de la casa, donde había dejado el coche. Pero cuando estaba pulsando el botón del mando a distancia, un adolescente con vaqueros de

marca, camisa ancha y visera roja colocada al revés salió de la casa.

–Hola, señor Garnier –lo saludó, bajando los escalones de dos en dos para quedar frente al coche–. ¡Madre mía, qué deportivo!

–Gracias –dijo Jake, divertido–. ¿Y tú quién eres?

–Daily –contestó él.

–¿Daily? Un nombre muy original.

–Mi padre era entrenador de caballos antes de morirse y convenció a mi madre para que me llamaran como la carrera Daily Double en Churchill Downs –le explicó el chico, mirando el Ferrari con expresión reverente–. ¡Madre mía, tengo que comprarme uno como éste cuando sea mayor!

Jake se dio cuenta de que estaba hablando consigo mismo, pero el comentario le recordó que en unas semanas cumpliría treinta y siete años. Y que seguramente a ojos de un adolescente eso era prácticamente ser un fósil.

Sonriendo, Jake sacó la maleta del coche pero Daily se la quitó de la mano.

–Lo siento, señor Garnier, pero mi abuela me ha pedido que llevara arriba sus cosas.

–¿Tú eres el nieto de la señora Buchanan?

–Sí, claro. Mi abuela está a cargo de la casa y Heather se encarga de todo lo demás –el muchacho sonrió de oreja a oreja–. Ya verá cuando conozca a Heather…

–¿Qué veré?

–Pues que para ser tan mayor está como un tren. Tenerla al lado todas las mañanas mientras limpio los establos es muy agradable.

El día que Emerald, acompañada de su estoico ayudante, Luther Freemont, le entregó la escritura del rancho le había informado que Clara Buchanan, era el ama de llaves de Hickory Hills. Pero no le había dicho que Heather fuese la gerente. Y eso reforzaba su teoría de que estaba tramando algo. ¿Por qué si no habría mencionado el nombre del ama de llaves y no el de la mujer que estaba a cargo del rancho?

–Ya conozco a Heather –le dijo. El chico no podía tener más de catorce o quince años pero, por lo visto, ya tenía buen ojo para las mujeres–. Y estoy de acuerdo, es muy guapa.

Cuando Daily abrió la puerta de la casa y dio un paso atrás, Jake entró en el vestíbulo e inmediatamente sintió que había vuelto atrás

en el tiempo. Decorado con muebles que debían de ser antigüedades valiosas, casi esperaba ver a una mujer con polisón y corsé bajando por la escalera. O más bien a un coronel de Kentucky con un traje blanco y con un julepe de menta en la mano.

–Mi abuela me ha dicho que llevase su maleta al ala oeste –murmuró el chico–. Si quiere, puedo enseñarle su habitación, señor Garnier.

–Muy bien –asintió él, admirando la espectacular escalera–. Seguro que lanzarte por esta barandilla es lo más parecido a estar en un parque de atracciones.

–¡Sí, madre mía, es genial! –exclamó Daily, entusiasmado. Pero un segundo después se mordió los labios–. Claro que seguramente usted no querrá que lo haga para no arañar la madera.

–No te preocupes –Jake sacudió la cabeza–. No me preocupa que arañes la madera, lo que me preocupa es que te caigas. Es una escalera muy alta y podrías romperte la crisma.

–No se lo dirá a mi abuela, ¿verdad? Me mataría si se enterase.

Jake se apiadó del chico.

–Mientras no vuelvas a hacerlo, creo que podremos mantenerlo en secreto.

Evidentemente aliviado, Daily sonrió.

–Gracias. Usted mola, señor Garnier.

–Imagino que eso es un cumplido –murmuró Jake. Cada vez que Daily lo llamaba «señor Garnier» se sentía como un anciano–. Y ya que somos amigos, llámame Jake.

Después de un almuerzo delicioso, Jake se dirigió a los establos sin dejar de preguntarse si habría perdido su toque con las mujeres.

No había tenido tantos problemas con las mujeres en toda su vida y si las cosas no cambiaban iba a terminar con un complejo.

Emerald, por ejemplo, no respondía a sus llamadas y, a menos que estuviese muy equivocado, seguiría haciéndolo durante días. Debía de intuir que se había dado cuenta de lo que pretendía y, sin duda, quería evitar que le dijera cuatro cosas.

Pero la desaparición de la señora Buchanan después del almuerzo era un misterio. Se había mostrado amistosa cuando entró en la cocina, pero en cuanto puso el plato delante de él se disculpó a toda prisa y se alejó como si tuviera algo contagioso.

Y luego estaba la fría recepción de Heather por la mañana… su lenguaje corporal y sus miradas asesinas dejaban bien claro lo que pensaba de su presencia en el rancho. Aunque no sabía por qué.

Esperaba que fuese un poco más amistosa durante su reunión por la tarde, pero no era tan ingenuo como para hacerse ilusiones.

Jake entró en el establo y se dirigió hacia la oficina, que estaba al fondo. Y no le sorprendió que Heather no estuviera allí; dada su actitud hacia él no esperaba otra cosa. Pero no estaba preparado para que un enorme perro negro se levantase de la manta sobre la que estaba tumbado y le pusiera las patas sobre los pies a modo de saludo.

–Ah, al menos tú eres simpático –murmuró, inclinándose para acariciar su cabezota.

Irritado porque Heather había decidido ignorar su petición de que le presentase a los empleados del rancho, Jake se acercó a la zona donde estaban las yeguas.

Y la encontró inclinada sobre una de ellas, que estaba tumbada sobre la paja, y se le quedó la boca seca. Llevaba una camiseta rosa y unos vaqueros gastados que se ajustaban a su trasero a la perfección…

Cuando se irguió, un hombre mayor que debía ser peón del rancho pasó a su lado para entrar en uno de los boxes y sacar un par de guantes.

–¿Qué ocurre? –preguntó Jake, mientras Heather se ponía los guantes, que le llegaban hasta el codo.

–La cigüeña va a llegar antes que el veterinario –contestó ella, poniéndose de rodillas al lado del animal–. Quiero que sujetes su cabeza para que no intente levantarse mientras Tony y yo nos encargamos de este lado.

Jake no estaba acostumbrado a que nadie le diera órdenes, pero algo en su tono hizo que obedeciera sin rechistar.

Tony sujetaba la cola de la yegua mientras ella ayudaba al potro a salir. Cuando por fin lo consiguió, apartó rápidamente la membrana de la nariz del animal y le dio un vigoroso masaje con una toalla.

–¿Lo haces para comprobar si respira? –le preguntó Jake, asombrado.

Ella asintió con la cabeza mientras se quitaba los guantes.

–Todo ha ido bien, pero siempre hay que tener cuidado con estos potros tan valiosos –contestó, sonriendo a la débil criatura–. Puede que estemos delante del próximo ganador de la Triple Corona.

Jake se apartó cuando la yegua intentó levantarse.

–¿Tienes que hacer esto a menudo?

El móvil que llevaba en el cinturón de los vaqueros empezó a sonar en ese momento y Heather salió del box para contestar.

Jake se volvió hacia el peón.

–Por cierto, soy Jake Garnier, el nuevo propietario del rancho.

El hombre sonrió mientras le ofrecía su mano.

–Ya me lo imaginaba. Bienvenido a Hickory Hills.

–Tengo que ir a casa un momento –los interrumpió Heather–. Si tienes alguna pregunta sobre las yeguas, los horarios de entrenamiento o la rutina diaria del rancho, Tony puede contártelo todo.

–No, creo que iré contigo a la casa. Así podrás enseñarme un poco el rancho.

–No hace falta que vengas –la larga coleta de Heather se movía de lado a lado mientras negaba con la cabeza–. Sólo estaré unos minutos y no tiene sentido que vayas hasta allí para volver dentro de un rato.

¿Había una nota de pánico en su voz o era cosa de su imaginación?, se preguntó Jake. ¿Por qué no quería que fuese con ella?

–No me importa en absoluto ir y volver –le dijo, poniendo una mano en su cintura–. Y no me da miedo un poco de ejercicio.

Se dio cuenta de que Heather estaba a punto de replicar con algo no muy simpático, pero al final apretó los labios y no dijo una palabra.

Ninguno de los dos dijo nada mientras caminaban uno al lado del otro hasta la entrada de la casa de los empleados y Jake no podía dejar de preguntarse qué había querido esconderle. Porque no tenía la menor duda de que intentaba esconder algo. En sus doce años como abogado había aprendido a reconocer cuándo alguien escondía algún secreto.

Pero al entrar en la cocina se quedó inmóvil al ver a Clara Buchanan con un bebé en brazos. Un bebé que no paraba de llorar.

Nunca, ni en un millón de años, se le hubiera ocurrido que la emergencia que Heather debía atender fuese un bebé. Pero su asombro aumentó aún más cuando ella corrió para tomarlo en brazos. El bebé se calmó de inmediato, de modo que, evidentemente, Heather era su madre.

–Creo que tiene un poco de fiebre –dijo Clara.

Heather asintió con la cabeza.

–Sí, esta mañana ha despertado quejándose un poco –murmuró, inclinándose para darle un beso en la carita–. Creo que le está saliendo el primer diente.

–Eso es lo que ha dicho la pediatra cuando la he llamado por teléfono –el ama de llaves suspiró–. ¿Tú crees que debemos llevar a Mandy a la consulta?

–Puede que sea lo mejor –dijo Jake, tras ellas.

Sabía menos sobre niños que sobre caballos, pero él y su hermano gemelo, Luke, habían criado a una hermana diez años más joven cuando su madre murió en un accidente de tráfico y recordaba que cuando un niño tenía fiebre lo mejor era siempre llevarlo al médico.

–Sí, creo que eso es lo que voy a hacer –dijo Heather.

–Voy a buscar la bolsa de los pañales –murmuró Clara, antes de salir de la cocina.

Jake y ella se quedaron en silencio, esperando el regreso del ama de llaves. Y Heather sentía como si estuviera a punto de explotar. ¿Sabría Jake que estaba a un metro de su hija? ¿Se habría dado cuenta de que Mandy tenía sus ojos azules y su pelo oscuro?

Desde que descubrió que él era el nuevo propietario de Hickory Hills se había preguntado cómo iba a darle la noticia, pero no había anticipado que viese a la niña antes de que hubiera tenido tiempo de hablarle de ella.

Tal vez no se había dado cuenta del parecido. Y si ése era el caso, podría explicarle la situación con cierta tranquilidad. O eso esperaba.

–No voy a poder enseñarte el rancho ni presentarte al resto de los empleados esta tarde.

–Sí, claro, lo entiendo. Podemos hacerlo mañana por la mañana o incluso pasado mañana si la niña no se encuentra bien.

El ama de llaves volvió a la cocina y Jake tomó la bolsa de los

pañales.

–Yo la ayudaré a meter a la niña en el coche.

–Llámame cuando vuelvas para ver qué ha dicho la pediatra –dijo Clara.

–Te llamaré, no te preocupes –Heather se volvió hacia Jake–. ¿Te importa decirle a Tony que se encargue de todo hasta que yo vuelva?

–Ahora mismo –respondió él, mientras abría la puerta del coche–. ¿Alguna cosa más?

–No se me ocurre nada.

Cuando Heather iba a colocar a la niña en la silla de seguridad, Mandy lo miró por primera vez y Jake sintió como si lo hubieran golpeado en el pecho.

No hubiera podido hacer que sus cuerdas vocales funcionasen aunque le fuera la vida en ello y se quedó donde estaba, inmóvil, mientras el coche desaparecía por el camino.

Su corazón latía con tal fuerza que casi le hacía daño y le resultaba imposible llevar aire a sus pulmones.

La niña tenía el pelo oscuro y los ojos azules, como él.

Pero no un azul cualquiera, sino azul cobalto. El mismo color de ojos que veía él cada mañana frente al espejo al afeitarse.

Capítulo 2

Esa noche, Heather escuchó unos insistentes golpes en la puerta y no se sorprendió al ver a Jake al otro lado. De hecho, estaba esperándolo. Sabía que en cuanto viese a Mandy sólo era una cuestión de tiempo que sumara dos y dos.

–Tenemos que hablar –en lugar de esperar que lo invitase a entrar, Jake la tomó del brazo para llevarla al salón, cerrando la puerta con el pie–. Quiero respuestas y no pienso irme de aquí hasta que las consiga.

–Ya me lo imaginaba –Heather suspiró, intentando mantener la calma. No iba a dejar que Jake la disgustase o la estresase en modo alguno.

–Esa niña es hija mía, ¿verdad? –le preguntó él, directo al grano.

–El nombre de esa niña es Amanda Grace, pero yo la llamo Mandy. Y tiene casi siete meses –Heather cerró la puerta de la habitación y le hizo un gesto para que bajase la voz–. Y si lo que quieres saber es si tú eres su padre biológico, sí, lo eres.

–¿Qué pasó? Usamos un preservativo…

¿Estaba cuestionando la paternidad de la niña?

–Lo sé perfectamente. Pero está claro que tenía algún defecto –Heather levantó una ceja–. Imagino que sabrás que nada es cien por cien efectivo salvo la abstención. Y si hubiéramos hecho eso…

–No estaríamos teniendo esta conversación –terminó Jake la frase por ella.

–Exactamente. Pero te aseguro que Mandy es tu hija.

Él sacudió la cabeza.

–No estaba cuestionando eso. Se parece demasiado a mí.

Heather vio que apretaba los labios mientras la miraba durante lo que le pareció una eternidad. Sabía que estaba enfadado, pero le daba igual. En su opinión, no saber que era el padre de la niña era culpa suya y no iba a dejar que la culpase a ella.

–¿No se te ocurrió ponerte en contacto conmigo al saber que estabas embarazada? –le preguntó Jake por fin, en voz baja y

amenazante.

Heather se había dicho a sí misma que no iba a dejar que la asustase y no estaba asustada, pero su tono acusador la enfureció.

–No creo que quieras seguir por ahí, Jake. Créeme cuando te digo que no te va a gustar lo que tengo que decir.

–Te he dicho que estoy aquí porque quiero respuestas.

–Pues entonces sugiero que no uses ese tono para intentar intimidarme –replicó ella–. Y tampoco te hagas la víctima porque no lo eres.

Cuando se dio la vuelta para entrar en la cocina, Jake la siguió.

–¿Por qué no se te ocurrió ponerte en contacto conmigo?

Heather respiró profundamente. Tenía muchas cosas que decir y pensaba saborearlas todas. Había querido mantener aquella conversación durante un año y pensó que jamás tendría la oportunidad de hacerlo, de modo que no iba a desaprovechar el momento poniéndose emotiva. Se negaba a darle a Jake ese poder sobre ella.

–No sólo se me ocurrió ponerme en contacto contigo, sino que me pasé el primer trimestre del embarazo dejándote mensajes. En todos decía que tenía que hablar urgentemente contigo, pero tú no me devolviste ni una sola de esas llamadas. Y no pensarías que iba a darle esa información a tu secretaria.

–Yo…

Heather levantó una mano para evitar cualquier absurda excusa.

–Luego me pasé el segundo trimestre intentando convencerme de que debía de haber alguna explicación razonable para que no me devolvieras las llamadas y resulta que me equivoqué. No había ninguna razón, aparte de que eres un imbécil insensible que utiliza a las mujeres y después se olvida de ellas.

Jake abrió la boca, sin duda para negar las acusaciones, pero Heather volvió a interrumpirlo:

–Y durante el tercer trimestre llegué a la conclusión de que no merecías saber que estaba esperando una hija tuya y que los dos estaríamos mejor sin saber nada el uno del otro –terminó, cruzándose de brazos–. ¿Alguna pregunta más?

Por su expresión, era evidente que Jake se había quedado planchado.

–Mi secretaria… –empezó a decir, frotándose la nuca.

–Es la que filtra tus llamadas para que no tengas que lidiar con situaciones incómodas, ¿verdad? Pues no te preocupes, Jake, Mandy y yo estamos estupendamente sin ti.

–¿Quieres dejarme fuera de su vida?

–No he dicho eso. Digo que no debes preocuparte, nada más. Eres libre de volver a Los Ángeles porque no necesito tu ayuda para nada. Soy perfectamente capaz de cuidar de mi hija yo sola.

–Pero también es hija mía.

–Yo te eximo de toda responsabilidad.

–Me parece que tenemos que aclarar esto de una vez por todas –dijo Jake entonces, poniendo las manos sobre sus hombros.

El calor de su piel, que traspasaba la camiseta, y la determinación que detectó en su tono hizo que Heather sintiera un escalofrío. Pero cuando usó el pulgar y el índice para obligarla a levantar la barbilla y mirarlo a los ojos se le encogió el estómago.

–Acepto que fue culpa mía y te juro que no sabía nada sobre el embarazo. Pero ahora que sé que tengo una hija quiero ser parte de su vida y eso será mucho más fácil cuando Mandy y tú vengáis a vivir conmigo en la casa grande.

–No vamos a mudarnos, Jake. Somos muy felices aquí.

–Eso ya lo veremos.

Antes de que ella pudiera protestar o apartarse, Jake se apoderó de sus labios, haciendo que le diese vueltas la cabeza. Heather intentó con todas sus fuerzas que el beso no la afectase, pero su pulso se volvió loco y un delicioso calor empezó a recorrer sus venas.

Nerviosa, puso las manos sobre el ancho torso masculino. Pero en lugar de apartarlo como había querido, las dejó allí, disfrutando del calor de su piel, del suave ritmo de su corazón bajo los dedos.

Aquello era una locura. Jake la había utilizado para luego olvidarse de ella…

Y, sin embargo, cuando presionó ligeramente su boca, Heather abrió los labios sin pensarlo dos veces.

De nuevo, empezaba a sentir la excitación que había experimentado entre sus brazos quince largos meses antes y eso la asustó. Había perdido la cabeza y ésa era la razón por la que estaban en aquellas circunstancias.

–Por favor, para…

Jake dio un paso atrás inmediatamente, pero no la soltó.

–Seguramente no debería haber hecho eso –le dijo, con la sonrisa seductora que había sido su perdición aquella noche en Los Ángeles–. Pero la verdad es que no lo lamento. Tienes los labios más dulces que he probado nunca.

Heather negó con la cabeza.

–Olvídate de mis labios. No va a volver a ocurrir.

Nemo eligió ese momento para entrar en la cocina y, al encontrar a los dos humanos cara a cara, pareció creer que su obligación era colocarse entre ellos.

–¿Qué le pasa a este perro? Cada vez que me ve me pisa los pies.

Agradeciendo la distracción, Heather se inclinó para acariciar la cabezota del animal.

–Parece ser algo normal en esta raza. Deben de darse cuenta de que son demasiado grandes para saltar encima de la gente, así que te ponen las patas encima para estar cerca.

Jake se inclinó para acariciar el pelaje negro del animal.

–Imagino que esto significa que le gusto, ¿no?

–Eso parece –murmuró Heather.

Pero Nemo debería serle leal a ella, no hacerse amigo del enemigo, pensó.

–¿Qué te ha dicho la pediatra esta tarde? ¿Le están saliendo los dientes?

–Sí, eso parece. Según ella, a finales de semana deberían haberle salido dos en la encía inferior.

–Pero entonces dejará de dolerle, ¿verdad?

Heather asintió con la cabeza. La preocupación que había en su tono la emocionaba y eso no le gustaba nada. Era mucho más seguro pensar en él como el canalla que se había negado a contestar a sus llamadas.

–Creo que deberías irte, Jake. Tengo que levantarme a las cinco de la mañana.

Él miró su reloj y asintió con la cabeza.

–Sí, tienes razón. También yo tengo muchas cosas que hacer mañana y debo levantarme temprano.

Pero antes de marcharse tomó su cara entre las manos y le dio un beso en los labios. Y cuando levantó la cabeza, la determinación que vio en sus increíbles ojos azules la asustó.

–Si la niña o tú me necesitáis de madrugada no dudes en llamarme. Tienes mi palabra de que a partir de ahora, haga lo que haga o esté donde esté, siempre estaré disponible para vosotras.

Cuando la puerta se cerró tras él, Heather tuvo que morderse los labios para contener las lágrimas de frustración. Sabía que el antiguo propietario del rancho quería venderlo, ¿pero por qué tenía que habérselo vendido precisamente a Jake Garnier? ¿Qué cruel broma del destino había hecho que volvieran a encontrarse? ¿Y por qué, después de todo lo que había pasado, seguía pareciéndole el hombre más guapo y más irresistible de la tierra?

Cuando lo conoció en la subasta anual de Los Ángeles no sólo había logrado hacerla perder la cabeza, también le había robado el corazón.

Había oído hablar muchas veces sobre el amor a primera vista, pero jamás había pensado que pudiera ocurrirle a ella.

Hasta que conoció a Jake.

Tragando saliva, Heather hizo un esfuerzo para recordar la desilusión y la pena que había sentido cuando no le devolvió las llamadas, cuando supo que no significaba absolutamente nada para él. Había tardado mucho tiempo en superarlo y, por maravillosos que fueran sus besos, no iba a colocarse en esa posición otra vez.

Además, ya no estaban en juego sólo sus emociones. Tenía que pensar en Mandy y no iba a dejar que su hija se encariñase con él para que la abandonase después.

Mientras caminaba por el paseo que llevaba hacia la verja de hierro forjado, Jake aún no podía creer lo que había pasado esa noche. En unas horas, su vida había cambiado como jamás hubiera creído posible.

Había vuelto a encontrarse con la única mujer con la que lamentaba no haberse vuelto a poner en contacto, había descubierto que siendo el nuevo propietario de Hickory Hills, Heather era ahora su empleada y, sobre todo, había descubierto que tenía una hija de seis meses.

Increíble.

Heather había intentado ponerse en contacto con él al descubrir que estaba embarazada…

Y si su secretaria no fuese tan profesional lo habría sabido…

habría estado con Heather durante el embarazo, durante el parto. Y no se habría perdido los seis primeros meses de vida de su hija.

Su hija.

Su corazón latía con tal fuerza que le hacía daño en las costillas. Tenía una niña que se parecía a él.

Era increíble. Ser padre era algo que no había planeado y no porque no le gustasen los niños. Le gustaban, pero había tomado la decisión de no tenerlos años atrás.

Su padre había abandonado a su madre en dos ocasiones después de dejarla embarazada y, aunque sabía que él no sería capaz de hacer eso, no había querido arriesgarse. ¿Y si era tan narcisista como su padre? ¿Y si había heredado esa vena irresponsable?

Jake sacudió la cabeza. Ya daba igual. Tenía una hija y, aunque la idea le daba pánico, haría todo lo posible por ser un buen padre.

Perdido en sus pensamientos, tardó un momento en distinguir la figura oscura que estaba escalando la verja al final del camino.

–¿Daily?

El chico se detuvo de inmediato.

–Señor Garnier… verá, yo… en fin, seguramente esto no tiene mucha explicación, ¿verdad?

–No, parece que te he pillado intentando escapar de casa. ¿Quieres bajar de ahí y decirme por qué intentabas salir de casa a estas horas?

Daily bajó de un salto y tragó saliva.

–Verá… es una cosa personal, señor Garnier.

Jake tuvo que disimular una sonrisa.

–¿Vas a decirme cómo se llama la chica?

–¿Cómo sabe que es una chica? –exclamó él, sorprendido.

–Imagino que resultará difícil de creer, pero también yo tuve una vez catorce años.

–Cumpliré quince la semana que viene.

–Sigues siendo demasiado joven para salir de casa tan tarde. Por no decir que no tienes permiso de tu abuela.

El chico dejó caer los hombros.

–Sí, lo sé.

–Lo mejor será que llames a tu novia para decirle que hoy no podrás ir a verla –Jake tuvo que hacer un esfuerzo para no soltar

una carcajada.

–Muy bien.

Pero mientras Daily sacaba el móvil del bolsillo, Jake sintió que se le hacía un nudo en el estómago. En catorce años, un chico como él seguramente intentaría salir con su hija…

Ya había criado a una adolescente, su hermana, y pensar en volver a pasar por todo eso con su hija era suficiente para provocarle una úlcera. Su único consuelo era que compartiría esa responsabilidad con Heather, en lugar de hacerlo con su hermano, que sabía tan poco como él.

Cuando Daily volvió a guardar el móvil en el bolsillo, Jake señaló hacia la casa.

–Vamos, creo que es hora de irse a dormir.

–¿Va a contárselo a mi abuela, señor Garnier?

–No, yo no. Vas a contárselo tú mismo.

–¿Yo?

–Parte de hacerse mayor consiste en aceptar la responsabilidad de tus actos –dijo Jake entonces, recordándoselo tanto a Daily como a sí mismo.

–Voy a estar castigado durante el resto de mi vida –se quejó el chico mientras entraban en la casa por la puerta de la cocina.

–Dudo que tu abuela te castigue tanto tiempo –bromeó Jake–. Pero ya que tendrás que quedarte en casa durante unas semanas, hay un par de cosas con las que me gustaría que me ayudases. ¿Estás interesado en el trabajo?

–¿Un trabajo de verdad? ¿En serio? Eso sería genial –contestó Daily, entusiasmado.

–Antes tendrás que preguntarle a tu abuela… después de contarle lo que acaba de pasar y aceptar el castigo que te imponga.

El chico asintió con la cabeza, compungido.

–Muy bien.

–Entonces será mejor que te vayas a dormir –le advirtió Jake–. Mañana hay que hacer muchas cosas.

–Sí, señor Garnier.

Mientras Daily salía corriendo, Jake se dirigió a la escalera. Le había hecho a Heather una promesa y tenía intención de cumplirla. Mientras ella se encargaba de la rutina del rancho, Daily y él se encargarían de llevar sus cosas a la casa. Y una vez hecho esto,

tenía intención de pasar el resto de su estancia en Hickory Hills conociendo a su hija.

–Jake Garnier, ¿cómo te atreves? –le espetó Heather cuando lo encontró en el estudio.

Estaba furiosa y verlo sonreír hizo que lo viese todo rojo.

–Imagino que te refieres a que he traído tus cosas aquí.

–Tú sabes muy bien que me refiero a eso. No tenías derecho a hacerlo sin consultarme.

Jake se levantó de la silla y dio la vuelta al escritorio.

–No sé por qué estás tan enfadada. Anoche te dije que pensaba hacerlo.

Heather no podía creer que fuese tan arrogante…

–Y yo te dije que no tenía intención de mudarme. Mandy y yo estamos perfectamente en la otra casa.

–Pero estaréis mejor aquí. Hay mucho más espacio. Además, será más conveniente para todos.

–Puede que sea más conveniente para ti, pero no para mí.

Jake estaba mucho más cerca de lo que le gustaría, pero no iba a dar un paso atrás. En ningún sentido.

–Pienso ser parte de la vida de mi hija –dijo él entonces.

–Vivimos a menos de cien metros de distancia. ¿En qué modo va a cambiar la situación por vivir aquí?

Jake sonrió, con esa sonrisa que aceleraba su corazón, pero no iba a conseguir nada.

–Quiero ver cómo la metes en la cuna cada noche y cómo la despiertas cada mañana.

–Puedes hacer eso aunque sigamos viviendo en la otra casa.

–¿Estás diciendo que quieres que me mude allí contigo y con Mandy?

–No, no… no estoy diciendo eso y tú lo sabes. Lo que quiero decir es que puedes pasar por allí cuando te parezca.

Jake alargó una mano para tocar su cara y Heather tuvo que hacer un esfuerzo para recordar por qué estaba enfadada con él.

–Quiero estar cerca si Mandy despierta por la noche, pero si yo estoy aquí y vosotras estáis allí no podré hacerlo, ¿no te parece?

–Te aseguro que despertar de madrugada para atender a un niño no es nada agradable.

–Imagino que cuidar de Mandy sola y trabajar a la vez debe de ser agotador. ¿No te gustaría tener a alguien con quien compartir responsabilidades?

Cuando la miraba de esa forma Heather tenía suerte de recordar su propio nombre.

–No, estamos bien. Ya te lo dije ayer.

–Yo podría levantarme y dejarte dormir… –insistió Jake.

El calor de su mano y el aroma de su aftershave parecían envolverla y tuvo que tragar saliva. Tenía que escapar de allí o su traidor cuerpo la obligaría a decir que sí. A todo lo que quisiera.

–Yo… no me importa cuidar sola de Mandy –insistió.

–Pero no tienes que hacerlo, cariño. Ya no. Ahora yo estoy aquí y no tienes que hacerlo todo sola.

–Por favor, Jake –Heather encontró fuerzas para dar un paso atrás–. No voy a evitar que seas parte de la vida de Mandy, te lo aseguro. Pero quiero que pienses algo antes de dar ese paso.

–¿Qué?

–Lo primero, es todo o nada. O eres el padre de Mandy para el resto de su vida o no lo eres en absoluto. No quiero que se encariñe contigo para que luego te marches cuando te canses de jugar a los papás. Y segundo, yo no soy parte del trato. Eso debe quedar bien claro.

Jake la miró en silencio durante unos segundos.

–Tienes mi palabra de que nunca haré nada que no sea en tu interés o en el de la niña.

–Muy bien. Porque si le haces daño a mi hija tendrás que vértelas conmigo.

Se daba cuenta de que Jake hablaba en serio, pero no estaba convencida de que pudiera cumplir su promesa. La gente rompía las promesas muy a menudo.

–Ahora que hemos aclarado eso, ¿vas a quedarte en la casa? –le preguntó él, volviendo a sentarse tras el escritorio.

–Jake, no creo que…

–Me he perdido muchas cosas en estos seis meses –la interrumpió él–. Lo único que te pido es que me des una oportunidad para conocer a mi hija.

Heather sabía que eso sería correr un gran riesgo. Por mucho que intentara resistirse a sus encantos, Jake era una tentación. El

beso de la noche anterior lo había dejado bien claro. Y eso podría ser desastroso para ella.

Pero le había dicho que no intentaría evitar que formase un lazo con Mandy y hablaba en serio. No podía negarle el derecho a conocer a su hija. Y mientras Jake conocía a la niña, ella pensaba descubrir algo más sobre él, sobre su familia, su infancia. Después de todo, tenía derecho a saber algo más sobre el padre de su hija.

Heather suspiró pesadamente. Por desgracia, aquél no era el momento de interrogarlo. Seguía enfadada y quería estar serena y racional cuando hablase con él.

–Nos quedaremos en la casa mientras tú estés en Hickory Hills. Pero con una condición.

Jake se echó hacia atrás en la silla.

–¿Qué condición?

–Lo de que yo no soy parte del trato es absolutamente en serio –le recordó Heather mientras se dirigía a la puerta–. No cuentes conmigo como una diversión cuando empieces a aburrirte del rancho.

Capítulo 3

Jake arrugó el ceño mientras Heather colocaba a la niña en el moisés.

–¿Mandy cabe ahí? A mí me parece muy pequeño.

Cuando Heather se llevó un dedo a los labios para pedirle silencio Jake tuvo que hacer un esfuerzo para no soltar un rugido. No podía olvidar el beso que habían compartido la noche anterior y estaba deseando repetir la experiencia, pero sabía que no debía intentarlo siquiera.

Heather había dejado bien claras sus condiciones y debía admitir que seguramente era lo mejor. En poco tiempo tendrían que tratar temas tan delicados como la custodia de la niña y mantener una relación podría complicarlo todo. Pero ojalá la atracción que sentía por ella no fuese tan poderosa. Así las cosas serían mucho más fáciles.

–Es una cuna en miniatura –susurró ella.

Jake esperó mientras se colocaba el monitor en el cinturón antes de salir del dormitorio.

–¿Por qué no tiene una cuna de verdad?

–La habitación de la otra casa es pequeña y quería ahorrar espacio. Pero el moisés es grande, no te preocupes.

–¿Y cuando sea un poco mayor? –insistió Jake–. ¿Cómo vas a poner una cama en esa habitación? No tendrá espacio para jugar.

–Cuando llegue el momento me encargaré de solucionarlo.

–¿Cómo?

–No lo sé… la habitación de Mandy podría ser la que uso ahora como estudio –Heather se volvió cuando estaba llegando al pie de la escalera–. ¿Por qué preguntas eso ahora? No será un problema hasta dentro de dos o tres años.

Jake sonrió entonces. Se le acababa de ocurrir una idea.

–Estaba pensando que podríais seguir viviendo aquí cuando yo vuelva a Los Ángeles.

–No, prefiero vivir en la otra casa –contestó ella.

–¿Por qué?

–Porque ésta no es mi casa.

Jake la tomó del brazo.

–Pero es mi casa ahora y Mandy es mi hija, de modo que tiene todo el derecho a vivir aquí.

Heather lanzó sobre él una mirada que no dejaba la menor duda: la idea no le gustaba en absoluto.

–Pero no es mi casa, Jake.

Y él supo entonces que era una cuestión de orgullo.

–Yo te digo que puede serlo.

–Trabajo para ti y vivir en la casa de los empleados está en mi contrato.

–Y yo te ofrezco un cambio –insistió él, intentando contener el deseo de abrazarla–. No tienes que tomar una decisión ahora mismo, pero me gustaría que lo pensaras –incapaz de contenerse, Jake apartó el flequillo de su frente–. La vida para Mandy y para ti sería más cómoda aquí.

Después de eso se alejó hacia el estudio… antes de que a Heather se le ocurrieran más excusas. Además, si no ponía cierta distancia entre los dos había muchas posibilidades de que acabara tomándola entre sus brazos y sabía que eso sería un grave error.

Tendría que ser un tonto para no ver que la atracción entre ellos seguía siendo tan fuerte como el día que se conocieron. Pero Heather no confiaba en él y hasta que le hubiera demostrado que era una persona de confianza no tenía más remedio que tomarse su tiempo y, sin la menor duda, darse muchas duchas frías.

Jake suspiró pesadamente mientras levantaba el teléfono para llamar a su hermano, pensando en la ironía del asunto. La única mujer a la que no había podido olvidar había vuelto a su vida, era la madre de su hija y, sin embargo, lo creía un gusano de la peor especie.

–Mi vida no podría ser mejor en este momento.

–Pues la mía va de maravilla –dijo Luke alegremente.

Perdido en sus pensamientos, Jake no se había dado cuenta de que Luke había contestado al teléfono.

–Me alegro por ti. ¿Cómo van las cosas en Nashville?

–No podrían ir mejor. Haley ya no tiene náuseas por las mañanas y vamos a hacer una ecografía para saber si es niño o niña

–su hermano gemelo parecía más feliz que nunca.

–Me alegra saber que mi cuñada favorita se encuentra mejor –dijo Jake, preguntándose si Heather habría pasado por lo mismo durante el embarazo.

–¿Qué te pasa?

–¿Por qué crees que me pasa algo?

No le sorprendía nada la intuición de su hermano. Como le ocurría a muchos gemelos, Luke y él compartían un lazo, un sexto sentido en lo que se refería al otro. Pero no sabía cómo darle la noticia de que tenía una hija sin llevarse una charla. Luke llevaba años advirtiéndole que eso de tener tantas novias acabaría convirtiéndose en un problema.

–Estás hablando con la única persona que te conoce mejor que tú mismo. ¿Vas a contarme qué te pasa o no?

–Tengo una hija –Jake no había querido soltarlo tan bruscamente, pero después de haberlo dicho se alegró.

–¿Qué?

–Ya me has oído. Tengo una hija de seis meses y medio que se llama Mandy.

Luke se quedó callado durante tanto tiempo que Jake pensó que se había cortado la conexión.

–Y has descubierto todo eso en cuanto llegaste a Hickory Hills, ¿verdad?

–Así es –admitió Jake–. Heather es la gerente del rancho, de modo que Emerald debió de descubrir que la chica a la que conocí en la subasta el año pasado había quedado embarazada. Por eso me ha regalado Hickory Hills.

–Eso explica que hayas terminado en un sitio que no tiene nada que ver con tu vida en Los Ángeles –asintió Luke–. Arielle y yo nos preguntábamos por qué Emerald te había regalado algo que no se parece nada a un bufete cuando a los demás nos ha regalado negocios que tienen que ver con nuestras carreras.

–No sé por qué no me habló directamente del asunto en lugar de traerme aquí engañado –suspiró Jake–. ¿Qué pensaba, que no iba a hacer frente a mi responsabilidad?

–¿Vas a casarte?

–No, no. Ya sabes lo que pienso del matrimonio. No es para mí –dijo Jake.

–Eso será hasta que lo pruebes –replicó Luke–. También yo pensaba que no estaba hecho para casarme y mírame ahora.

–Bueno, da igual. No quiero hablar del asunto.

Los dos se quedaron en silencio un momento hasta que Luke preguntó:

–¿Por qué la madre de la niña no te había dicho nada?

–Lo intentó, pero mi secretaria me filtra todas las llamadas.

–Ah, claro, ¿Cuántas veces te he dicho…?

–No lo digas, Luke.

Su hermano soltó una carcajada.

–Bueno, ¿cuándo voy a conocer a mi sobrina y a la madre de mi sobrina?

–Para eso te llamo. ¿Os gustaría venir a Louisville para la Southern Oaks Cup Classic en un par de semanas? El favorito para ganar la carrera viene con el rancho.

–Suena bien. Imagino que también invitarás a Arielle y Zach.

–Sí, claro, junto al resto del clan.

Unos meses antes, cuando sus hermanos y él descubrieron que la empresaria más conocida del país, y una de las mujeres más ricas del mundo, era su abuela paterna, también habían descubierto que tenían otros tres hermanos. Afortunadamente, desde entonces mantenían muy buena relación.

–Y antes de que preguntes, pienso invitar a nuestra ilustre abuela y a su ayudante de cartón piedra. Emerald y yo vamos a tener una pequeña charla sobre el asunto de mi hija.

–Pues buena suerte –dijo Luke, riendo.

Quedaron en volver a ponerse en contacto unos días más tarde y, después de llamar al resto de sus hermanos para invitarlos a la carrera, Jake salió del estudio… y chocó con Heather en el pasillo.

–¿Te he hecho daño? –le preguntó, tomándola por los hombros.

–No, no, estoy bien.

–Lo siento, no te había visto –se disculpó Jake, sin dejar de mirarla a los ojos.

El aroma de su champú y el roce de su piel estaban provocando un incendio y la reacción de su cuerpo no fue sólo predecible, sino inevitable.

–Yo sólo… iba a la habitación –empezó a decir Heather. Y su voz ronca, sin aliento, sólo sirvió para excitarlo aún más.

Como si una fuerza invisible los mantuviera cautivos, los dos permanecieron en silencio durante más tiempo del que era conveniente… hasta que Jake se aclaró la garganta.

–Yo iba a darme una ducha ahora mismo. Pensaba irme a dormir temprano.

Aún vivía con la hora de Los Ángeles y ni se le había pasado por la cabeza irse a dormir, pero tenía que darse una ducha. Fría.

–Bueno, entonces supongo que nos veremos por la mañana.

–¿A qué hora se despierta Mandy?

–Muy temprano.

–Entonces sería buena idea irse a dormir.

Como si despertara de un trance, Heather dio un paso atrás, colorada hasta la raíz del pelo.

–Buenas noches, Jake.

–Buenas noches.

Él se quedó en el pasillo mucho después de que Heather hubiera desaparecido en el segundo piso. Pero pensar que dormiría sólo a unos metros de él lo excitó de nuevo y, subiendo las escaleras de dos en dos, se dirigió al dormitorio principal. Cuando llegó al baño iba dejando la ropa por el suelo…

Mientras estaba bajo el chorro de agua fría no pudo evitar preguntarse durante cuánto tiempo iba a seguir Heather negando la química que había entre ellos. Podían luchar contra ella, intentar escapar e incluso discutir que existiera, pero sólo era una cuestión de tiempo antes de que volvieran a hacer el amor.

No tenía la menor duda sobre eso. La única cuestión era cuándo.

Temblando de frío, cerró el grifo de la ducha, tomó una toalla y empezó a secarse vigorosamente.

Iban a tener que llegar a un acuerdo, pensó. Heather debía ver las cosas con sentido común y aceptar lo inevitable porque no le apetecía nada tener que darse una ducha fría cada noche.

–Heather, lo siento pero no voy a poder cuidar de Mandy esta tarde. Había olvidado que tengo una reunión con el consejo del instituto para hablar del horario de Daily.

–Supongo que podría llevarla conmigo –murmuró ella, preguntándose cómo iba a acudir a una reunión en Churchill Downs con una niña en brazos.

–Podemos ir otro día, abuela –sugirió Daily–. A mí me da igual. No me gusta demasiado ir al instituto, ya lo sabes.

–No digas bobadas, jovencito –lo regañó Clara–. Ya tienes suficientes problemas con lo que hiciste la otra noche.

–Hazle caso a tu abuela, Daily. Si quieres tener un coche como el mío cuando seas mayor, tendrás que trabajar. Y para trabajar hay que tener estudios.

–Sí, señor Garnier –suspiró el chico, mientras seguía desayunando.

El corazón de Heather dio un vuelco cuando Jake se sentó a su lado. Con un polo de color azul que destacaba la anchura de sus hombros y unos vaqueros que parecían abrazar sus muslos como un guante no estaba sólo tan guapo como siempre. Aquella mañana estaba como para morirse.

–¿A qué hora es la reunión? –preguntó Clara–. A lo mejor hemos vuelto para cuando tengas que irte.

Heather negó con la cabeza.

–Es una comida y seguramente no terminará hasta muy tarde –respondió, mientras le daba una cucharadita de papilla a Mandy–. Me la llevaré conmigo y rezaré para que se quede dormida.

–Yo puedo cuidar de ella –se ofreció Jake.

–No hace falta. Imagino que tendrás otras cosas que hacer.

No se sentía cómoda dejando a la niña con un hombre que no tenía ninguna experiencia con niños.

–No tengo nada que hacer esta tarde –insistió él–. Además, así Mandy y yo tendremos la oportunidad de conocernos.

–No, en serio, no es ningún problema. Me la llevaré a la reunión.

–No digas tonterías, Heather.

–¡No es ninguna tontería!

–Mandy es mi hija y tengo derecho a cuidar de ella si tú estás ocupada.

–¿Qué? –exclamó Daily–. ¿Tú eres el padre de Mandy? No lo sabía…

–Termina tu desayuno en la habitación –le ordenó Clara entonces.

–Pero abuela…

–Ya me has oído, jovencito –lo interrumpió ella–. Heather y Jake tienen que hablar a solas. Vamos, vete.

Heather esperó hasta que Clara y un enfadado Daily salieron de la cocina antes de volverse hacia Jake.

–¿De cuántos niños has cuidado en tu vida?

–De ninguno.

–Ya me lo imaginaba. No tienes ni idea de lo que debes hacer.

Jake arrugó el ceño.

–Tengo que empezar en algún momento, ¿no?

–Mi hija no es un experimento.

–Es nuestra hija –le recordó él, poniendo una mano sobre la suya–. Sé que estás preocupada, pero te prometo que la cuidaré bien.

Heather se daba cuenta de que lo decía con total sinceridad, pero la realidad era que no tenía ninguna experiencia con niños.

–No, de verdad…

–No me apartaré de su lado, te lo prometo.

–Jake, no me siento cómoda dejándote solo con Mandy.

–Incluso me quedaré con ella mientras esté durmiendo.

–¿Sabes cambiar un pañal?

–No, pero no puede ser tan difícil. Además, yo aprendo rápido. Puedes enseñarme cómo se hace antes de irte.

Heather tuvo que disimular una sonrisa. Jake no sabía que, para Mandy, el cambio de pañal era una diversión y el momento perfecto para ejercitar las piernecitas pateando como una karateca.

–¿Y la comida? –le preguntó, pensando que no iba a tener más remedio que dejarla con él–. ¿Crees que podrás darle la papilla?

–Te he visto a ti hacerlo varias veces y no parece tan difícil.

Ella se quedó pensativa un momento.

–¿Me llamarás si tienes algún problema?

–Por supuesto.

Heather sacó a Mandy de la trona y la puso en sus brazos.

–¿Te importa sujetarla un momento mientras yo limpio esto un poco?

–No, claro.

Sabía que había estado demasiado ocupado el día anterior supervisando el traslado de sus cosas como para hacer algo más que mirarlas, pero tal vez había llegado el momento de comprobar si era capaz de portarse como un padre de verdad. Además, quería ver si era capaz de tener a la niña en brazos sin dejarla caer al suelo.

–Hola, pequeñaja. Soy tu papá.

Mandy lo miró muy seria durante unos segundos y luego empezó a reír, poniendo las manitas sobre su torso. Pero fue la expresión emocionada de Jake lo que hizo que tuviese que contener las lágrimas.

No habría creído posible que aquello ocurriese algún día, pero allí, delante de sus ojos, Jake estaba enamorándose locamente de su hija.

Capítulo 4

Heather volvió de la reunión y entró prácticamente corriendo en la casa. Había intentado hablar con Jake varias veces, pero no contestaba al móvil y cada segundo que pasaba estaba más y más preocupada. Y su corazón empezó a golpear dolorosamente contra sus costillas cuando no los encontró en la cocina.

¿Por qué se había dejado convencer para confiarle a Mandy?

Pero su ansiedad se convirtió en auténtico miedo cuando subió a la habitación de la niña y comprobó que tampoco estaban allí.

Al borde de la histeria, Heather corrió al dormitorio principal.

–Si le ha pasado algo a Mandy, no se lo perdonaré en la vida…

Pero no terminó la frase. Había llegado a la puerta del dormitorio principal y allí, en medio de la cama, estaba Mandy sobre el torso desnudo de Jake, los dos profundamente dormidos.

Apoyándose en el quicio de la puerta, Heather dejó escapar un suspiro de alivio mientras se llevaba una mano al corazón. No podía evitar emocionarse al ver a su niña tranquilamente dormida sobre el ancho torso de su padre.

Y, por segunda vez en cuestión de horas, se encontraba al borde de las lágrimas.

Con mucho cuidado para no despertarlos, tomó a Mandy en brazos y volvió a la habitación donde habían colocado el moisés. Pero cuando se volvía para salir se encontró cara a cara con Jake.

–¿Por qué no me has despertado para decirme que te llevabas a Mandy? Me he dado un susto de muerte.

Heather se llevó un dedo a los labios para pedirle silencio y le hizo un gesto para que salieran de la habitación.

–Lo siento –se disculpó en voz baja–. Pero es que estabas profundamente dormido y no quería despertarte.

–Pues casi me da un infarto al ver que Mandy no estaba conmigo.

–Lo siento, de verdad. No quería asustarte.

En el pasillo, con la puerta de la habitación cerrada, Heather no

podía evitar mirar aquel ancho torso de músculos bien marcados. Casi sentía el deseo de pasar los dedos por esos abdominales…

–¿Qué le ha pasado a tu camisa?

–Ah, eso –Jake arrugó el ceño–. ¿Tú sabes el aspecto tan asqueroso que tiene el puré de espinacas?

–Pues sí…

–Y huele fatal, además. Pero cuando te mancha la ropa hay que meterla en la lavadora de inmediato.

–Ah, ya veo –Heather tuvo que sonreír–. Es un poco asqueroso, sí.

–Es horrible –Jake hizo una mueca–. Estuve a punto de vomitar cuando Mandy metió la mano en el cuenco y luego se frotó el pelo con el puré.

Heather soltó una carcajada y después se tapó la boca con la mano.

–No me lo digas. Pusiste el cuenco demasiado cerca de la trona.

–Sí, me temo que sí. Cuando terminó de comer yo tenía más puré en la camisa que ella en el estómago. Pero estoy seguro de que nuestra hija no tendrá ningún problema cuando haya una pelea en el colegio.

–No, imagino que no –asintió ella–. ¿Algún otro problema? ¿Qué tal el cambio de pañales?

–Cuando por fin pude sujetarla para que no se moviera, todo fue bien. Hasta entonces… tuve algunos problemillas –Jake se pasó una mano por el estómago–. No veas qué patadas da la niña.

De nuevo, Heather tuvo que reír.

–Se me olvidó avisarte, lo siento. Le gusta jugar mientras le cambian el pañal.

Jake se puso serio entonces y alargó una mano para acariciar su mejilla.

–Gracias, de verdad.

–¿Por qué?

–Por dejarme a la niña. Por darme la oportunidad de conocer un poco a mi hija.

Sin pensar, Heather cerró los ojos y se apoyó en su mano. Habría podido resistirse si no fuera por la sinceridad que había en su tono y el genuino brillo de agradecimiento en sus ojos azules. Pero, por mucho que intentase luchar contra ello, Jake era el hombre que le

había robado el corazón quince meses antes.

–Quiero besarte, Heather.

Su voz ronca la hizo sentir un escalofrío.

–No creo que… sea buena idea.

–Yo no estoy de acuerdo. Creo que es una idea fabulosa –murmuró él, rozando el lóbulo de su oreja con los labios.

Estaba flirteando con el peligro. Aquel hombre era Jake Garnier, seductor nato. Pero, aunque intentaba convencerse a sí misma, seguía inclinándose hacia él…

Y, aparentemente, Jake no necesitaba nada más porque un segundo después la envolvió en sus brazos. Heather abrió los ojos justo a tiempo para ver cómo inclinaba la cabeza y cuando se apoderó de sus labios pensó que iba a derretirse.

La intensidad del beso hacía que le diera vueltas la cabeza. Los labios de Jake eran juguetones, persuasivos, exigiéndole que respondiera con todo su ser. Y Heather tuvo que agarrarse a él porque no la sostenían las piernas.

Debería apartarse. No era inteligente besar al hombre que no había querido saber nada de ella hasta que supo que tenía una hija.

Pero ese pensamiento se esfumó cuando la aplastó contra su torso, cuando sintió el roce de los duros músculos masculinos sobre los sensibles pezones y su insistente erección presionando su vientre.

Se vio envuelta en una ola de calor cuando Jake acarició sus pechos por encima de la ropa. Lo deseaba con una fuerza que la asustaba…

Y Jake debió de notar el cambio porque lentamente se apartó, sin soltarla del todo.

–Tenemos mucho tiempo.

Heather podía negar que deseaba besarlo, que quería estar entre sus brazos, pero los dos sabían que era mentira.

–No, no puede ser –empezó a decir. No era fácil resultar convincente cuando él aún tenía una mano sobre sus pechos, pero no encontraba fuerzas para apartarse.

–No voy a discutir aquí. Ahora mismo tengo que darme una ducha fría.

Mientras lo veía entrar en el dormitorio principal, Heather no pudo dejar de preguntarse si debería tomar a su hija y salir

corriendo, huir del rancho. Porque era evidente que, dijera lo que dijera, Jake no iba a escucharla. Y dormir tan cerca el uno del otro hacía que fuera imposible resistirse.

Afortunadamente la carrera tendría lugar en dos semanas y había que encargarse de todas las actividades que la precedían, de modo que los dos tendrían mucho trabajo. Si podía aguantar unos días más, todo saldría bien.

Ella tenía que atender y entrenar a Dancer para la carrera de su vida y, como propietario del caballo favorito, Jake tendría que acudir a la multitud de recepciones y cenas que se organizaban para celebrar el evento.

Ella tenía que irse temprano a la cama para levantarse al amanecer y Jake se acostaría tarde después de acudir a las fiestas en Louisville, de modo que sus caminos probablemente ni siquiera se cruzarían. Y cuando así fuera, sería sólo en sitios públicos y rodeados de gente.

Para cuando terminasen las celebraciones, Jake sin duda estaría aburrido de la vida en el rancho y dispuesto a volver a su emocionante vida en Los Ángeles.

Entonces Mandy y ella volverían a la casa de los empleados y volverían a su cómoda rutina diaria.

Jake arrugó el ceño mientras repasaba la montaña de invitaciones para las recepciones y cenas que tendrían lugar antes de la carrera.

¿Cómo demonios iba a retomar su relación con Heather y conocer mejor a su hija si tenía que acudir a tantas fiestas?

Pero al mirar una de las invitaciones tuvo que sonreír. Las palabras *Jake Garnier y acompañante* hicieron que saliera del estudio con el moisés en la mano.

–Clara, ¿te importa cuidar de Mandy durante unos minutos? Tengo que ir al establo a hablar con Heather.

–No me importa en absoluto –contestó el ama de llaves, tomando el monitor–. ¿Cuánto tiempo lleva durmiendo el angelito?

–Media hora –Jake comprobó su reloj–. No sé cuánto tiempo duerme normalmente, pero sólo tardaré un momento.

–Tómate el tiempo que quieras –dijo Clara, señalando a Daily, que estaba pelando patatas–. Nosotros no vamos a ir a ningún sitio.

–Te lo he dicho muchas veces, abuela. Que esté castigado no significa que tenga que hacer tareas como pelar patatas –protestó el chico–. Estar castigado significa que no puedo ir al pueblo.

–Deja de protestar, anda –lo regañó su abuela.

Jake tuvo que disimular una sonrisa mientras salía de la cocina. Desde que Clara descubrió que Daily se escapaba de casa por las noches para ver a su novia, el pobre chico había tenido que limpiar los establos, barrer los suelos de la casa, limpiar la plata y hacer docenas de tareas.

Además, él la había convencido para que lo dejase echarle una mano con un par de proyectos para mejorar el rancho. Y Clara, además de aceptar, le había dado las gracias porque, según ella, era una buena influencia para su nieto.

Por lo visto, Daily no se había tomado bien que su madre se hubiera vuelto a casar y ella lo había enviado a Hickory Hills para que no se metiera en líos.

Sacudiendo la cabeza, Jake se preguntó qué dirían sus amigos de Los Ángeles. Con su fama de donjuán, él era la última persona en el mundo a la que se consideraría una buena influencia para un adolescente, pero desde su llegada a Hickory Hills se daba cuenta de que disfrutaba de la vida relajada en el campo y cada día pensaba menos en volver al ajetreo de California.

Tal vez porque había descubierto que tenía una hija. O tal vez aquello era tan diferente a su vida normal que le gustaba la novedad.

Jake arrugó el ceño entonces. En realidad, la idea de volver a Los Ángeles no lo atraía en absoluto.

Mientras entraba en el establo se le ocurrió otra razón, pero la rechazó de inmediato. Se negaba a aceptar que pudiera estar dispuesto a casarse y sentar la cabeza. No, era absurdo. Pues claro que quería volver a su casa en Los Ángeles y a su lujoso bufete. Sería un tonto si no hiciera eso.

Jake relegó el análisis para otra ocasión mientras saludaba a Tony y a otro de los peones del rancho. Era divertido pensar que poseía veinte de los mejores purasangres del país y no había montado a caballo en su vida.

–¿Qué ocurre? –le preguntó Heather cuando entró en la oficina.

–Nada, tranquila. Mandy está con Clara y con Daily en la cocina.

El pobre está pelando patatas.

Heather sonrió.

–Pobrecito. No creo que vuelva a intentar escaparse otra vez.

Jake tuvo que hacer un esfuerzo para contener un suspiro. Dudaba que Heather supiera lo guapa que estaba con esos rizos que escapaban de su coleta y las mejillas coloradas del sol de la mañana.

Pero eran sus labios de coral lo que lo tenía fascinado. Desde que la besó dos días antes, volver a besarla era lo único en lo que podía pensar. Besarla y mucho más. Y era el «mucho más» lo que estaba a punto de hacerlo perder la cabeza.

–¿Me has oído, Jake?

–¿Eh? Ah, perdona, estaba distraído. ¿Qué has dicho?

–Te he preguntado si necesitas algo –dijo Heather pacientemente.

Ah, sí, por supuesto que necesitaba algo. Pero Heather no querría saberlo.

–En realidad, había venido a pedirte ayuda.

–¿A mí? ¿Qué necesitas?

–Pues verás… –Jake se aclaró la garganta–. Por lo visto, durante estas semanas tengo que ir a un millón de fiestas.

Ella asintió con la cabeza.

–Sí, ya me imagino. Todo eso es parte de las celebraciones de la carrera y, como propietario de Dancer, tienes que ir.

–Por el número de invitaciones que he recibido empiezo a darme cuenta de lo importante que es –dijo Jake, eligiendo cuidadosamente sus palabras. No podía creer el trabajo que le costaba pedirle a una mujer que saliera con él–. Pero la verdad es que me gustaría mucho que fueras conmigo.

Heather abrió la boca y volvió a cerrarla un segundo después.

–No puedes decirlo en serio.

–Pues claro que lo digo en serio.

–Pues, mira… te lo agradezco mucho, pero no puedo.

–¿Por qué no?

–Porque voy a estar muy ocupada entrenando a Dancer y preparándolo para la carrera. Lo siento, pero tendrás que ir sin mí.

Estaba claro por qué rechazaba la invitación. Cuanto más tiempo pasaran juntos, más difícil sería negar la atracción que había entre

ellos. Y ésa era precisamente la razón por la que Jake estaba dispuesto a insistir.

–Pero de no ser por tu trabajo sí irías conmigo, ¿verdad?

–Pues… bueno… la realidad es que tengo mucho trabajo, así que no tiene sentido seguir hablando del asunto.

Jake se volvió para llamar a Tony y, cuando el hombre entró en la oficina, puso una mano sobre su hombro.

–A partir de este momento, tú estás a cargo de los establos. Quiero que Heather se concentre en el entrenamiento de Dancer, en las preparaciones para la carrera y en las funciones sociales.

El hombre lo miró como si creyera que estaba bromeando.

–¿Yo?

–Sí, tú. ¿Crees que podrás hacerlo?

Tony miró a Heather y luego de nuevo a él.

–Sí, claro que puedo hacerlo, pero…

–Entonces está decidido. Si ocurriese algo grave, consulta con Heather.

Cuando Tony salió de la oficina y Jake se volvió hacia el escritorio, Heather estaba echando humo por las orejas.

–¿Se puede saber qué estás haciendo?

–Aliviándote de obligaciones para que puedas concentrarte en la carrera, que es lo más importante ahora mismo –contestó él, con una sonrisa en los labios–. De ese modo, te encargarás sólo de lo importante y podrás acudir a las fiestas conmigo.

–No puedes hacerme eso –replicó ella, levantándose de un salto.

–Claro que puedo.

–Tengo un contrato que dice lo contrario. Puede que tú seas el propietario de Hickory Hills, pero yo soy la gerente y la que toma las decisiones sobre cómo se hacen las cosas en el rancho.

–Sigues tomando las decisiones, Heather –dijo Jake.

No había anticipado que se enfadase tanto.

–¿Ah, sí? Pues muy bien. Al menos haber llevado este rancho aparecerá en mi currículum.

–No pensarás buscar trabajo en otro sitio, ¿verdad?

–No, aún no –admitió ella, con expresión beligerante–. Pero tú acabas de ponerme muy fácil que empiece a hacerlo.

–Heather, en serio, tú sigues siendo la responsable de todo, eso no ha cambiado. Yo sólo quiero librarte de ciertas tareas para que te

concentres en la carrera.

–¡Por favor! Los dos sabemos cuál es la razón por la que quieres «librarme» de ciertas tareas. Quieres que vaya a esas fiestas contigo.

Jake respiró profundamente.

–Sí, bueno, la verdad es que ésa era mi intención en un principio, pero cuanto más lo pienso más sensato me parece. Dancer debe ser tu prioridad ahora mismo.

–Y es mi prioridad –asintió ella.

–¿Y no será más fácil dedicarte a él si no tienes que encargarte también de llevar los establos durante estas dos semanas?

Heather asintió con la cabeza.

–Sí, pero…

–No quería usurpar tu autoridad, pero estoy acostumbrado a hacerme cargo de todo… –Jake se inclinó hacia delante para darle un beso en la frente–. Perdóname. A partir de ahora, consultaré contigo antes de tomar ninguna decisión sobre los establos.

Heather se echó hacia atrás para mirarlo a los ojos.

–Espero que así sea porque, si vuelves a entrometerte, me marcho.

Si hubiera dudado en algún momento de que Heather se tomaba su trabajo absolutamente en serio, ya no le quedaría la menor duda.

–Muy bien, entendido. Y ahora, por favor, ¿te importaría acudir conmigo a esas fiestas? Sería muy agradable ir con alguien.

–Tú no eres nada tímido. Lo pasarás estupendamente sin mí.

Jake sonrió mientras apartaba el flequillo de su frente.

–Sí, pero quiero que vayas conmigo. Así será más divertido.

–Ya te dije que no voy a ser una diversión para ti.

Evidentemente, no estaba dispuesta a rendirse. Pero tampoco lo estaba él.

–¿Te lo pensarás al menos?

Después de mirarlo durante lo que le pareció una eternidad, Heather por fin asintió con la cabeza.

–Me lo pensaré, sí. Pero no te prometo nada.

Satisfecho de tener al menos una oportunidad, Jake inclinó la cabeza para sellar el acuerdo con un beso.

Su presión arterial se puso por las nubes al rozar sus labios y decidió que sería muy fácil convertirse en adicto. Cuando Heather dejó escapar un suspiro, aprovechó para besarla más

profundamente, animándola a explorarlo como lo hacia él. Y cuando lo hizo, Jake sintió como si alguien hubiera encendido una hoguera en su interior.

Pero fue el roce de sus pechos lo que hizo que se excitase de tal forma y con tal rapidez que, de repente, se sintió mareado. Sin pensar, deslizó las manos hasta sus caderas y la empujó suavemente para que sintiera lo que le estaba haciendo, para que sintiera cómo la deseaba.

Heather suspiró de nuevo mientras se dejaba caer sobre su pecho, haciéndole saber sin palabras que lo deseaba tanto como lo deseaba él.

Desgraciadamente, no era el mejor momento. Estaban en la oficina del establo, con varios peones alrededor. Y tampoco podían ir a la casa porque allí estaban Clara y Daily.

A regañadientes, Jake se apartó para mirarla a los ojos. Estaba seguro de no haber visto nunca una mujer tan bella. Sus mejillas de porcelana estaban ardiendo y tenía los ojos empañados de deseo…

–Supongo que debería marcharme y dejarte trabajar –empezó a decir, después de aclararse la garganta–. El primer baile es esta tarde, por cierto –añadió a toda prisa para no darle tiempo a protestar.

Capítulo 5

Heather aceptó la mano que Jake le ofrecía para bajar del Ferrari frente a la casa de John y Martha Wainwright y esperó mientras le daba las llaves al aparcacoches.

Seguía enfadada con él por haber intentado quitarle autoridad en el rancho, pero cuanto más lo pensaba más se daba cuenta de que acudir a esos eventos sociales podría ser ventajoso para ella. Si tenía que buscar trabajo en otro sitio, los contactos que hiciera en aquellas fiestas podrían serle muy valiosos.

–Bueno, háblame sobre esta gente –dijo Jake, tomándola del brazo para entrar en la casa.

–John Wainwright es el presiente del Banco Southern Oaks y Martha es la tesorera del club de campo –contestó ella–. Ninguno de los dos tiene el menor interés en los caballos o en la carrera, pero por nada del mundo perderían la oportunidad de organizar una fiesta.

–En otras palabras, que les gusta aparentar y ser mencionados en las columnas de sociedad.

–Exactamente.

El portero sonrió de oreja a oreja cuando Jake le dio la invitación.

–Bienvenidos a Waincrest, señor Garnier y señorita Heather.

–Hola, Hank. ¿Cómo está Mae? –preguntó ella.

–Bien, señorita Heather. Gracias por preguntar.

Una vez dentro de la casa, pasaron frente a una impresionante escalera para llegar al salón. Las puertas que daban al jardín estaban abiertas y Heather sintió como si estuviera en un cuento de hadas. El jardín estaba decorado con miles de lucecitas blancas y enormes ramos de rosas blancas y rojas. Evidentemente, los Wainwright habían tirado la casa por la ventana para organizar aquella fiesta.

–Ésos son nuestros anfitriones –le dijo, señalando discretamente a una pareja.

–Ah, ¿lo ves? Por eso necesitaba que vinieras conmigo –bromeó Jake–. Yo no conozco a nadie, pero tú conoces a todo el mundo y puedes darme información.

Heather levantó los ojos al cielo.

–Como que no te los habría presentado alguien.

Un camarero se acercó entonces con una bandeja llena de copas de champán y Jake tomó dos para ofrecerle una a Heather.

–Si no recuerdo mal, así es como nos conocimos. Ella tuvo que tragar saliva cuando sus dedos se rozaron durante un segundo más del necesario. Estaba experimentando una sensación de *déjà vu*…

Sí, era cierto, Jake se había acercado a ella con una copa de champán en la mano y el resto era historia.

–¿Crees que la noche terminará de la misma forma?

–¿Conmigo embarazada quieres decir?

La sonrisa de Jake desapareció.

–No, no me refería a eso. Pero la verdad es que no lo lamento. De no haber ocurrido no tendríamos a Mandy.

Heather se daba cuenta de que era totalmente sincero y, en realidad, estaba de acuerdo.

–Mandy le ha dado más alegría a mi vida de lo que hubiera podido imaginar nunca.

Antes de que ninguno de los dos pudiera decir nada más, John Wainwright se acercó para saludarlos.

–Usted debe de ser el propietario de Stormy Dancer –le dijo a Jake, ofreciéndole su mano–. Hola, señorita McGwire –añadió luego, sin mirarla.

Wainwright no estaba interesado en hablar con ella y Heather sabía por qué: no iba a perder el tiempo con una simple gerente cuando podía hablar con el propietario del Hickory Hills, un rancho que tenía el mejor establo de purasangres del país.

Mientras el hombre entablaba conversación con Jake, Heather intentó alejarse discretamente, pero él puso una mano en su brazo.

–¿Dónde vas?

Ella señaló la mesa del bufé.

–Estaré ahí.

Se daba cuenta de que le había molestado que Wainwright la ningunease, pero en realidad no le importaba en absoluto ser excluida de la conversación; al contrario. Prefería charlar con los

empleados de la casa antes que con gente que se creía mejor que los demás.

–Querida, ¿te importaría echarme una mano? –le preguntó una anciana de aspecto frágil. Con una muleta en una mano y un julepe de menta en la otra, la pobre mujer no podía sujetar su plato.

Sonriendo, Heather asintió con la cabeza.

–No me importa en absoluto. ¿Dónde quiere sentarse?

–Tan lejos de esos pedantes como sea posible –contestó la anciana, con una expresión tan dulce que Heather pensó que había oído mal.

–¿Perdone?

–Me has oído perfectamente, querida. Los he llamado pedantes –repitió la mujer–. Por fin he llegado a una edad en la que puedo decir lo que siento y me importa un bledo lo que piensen los demás. Ven, vamos a charlar un rato.

Enseguida encontraron un sitio libre y Heather la ayudó a sentarse.

–¿Necesita algo más, señora…?

–Wainwright –contestó la anciana.

Heather la miró, perpleja.

–¿Es usted la madre de…?

–El presuntuoso de John Wainwright, sí. Mi hijo no te ha hecho ni caso porque estaba demasiado interesado en hablar con ese joven, ya me he dado cuenta –la anciana tocó la silla que había a su lado–. Siéntate un rato conmigo, por favor. Necesito hablar con alguien que no se porte como si fuera un duque o algo así.

–Muy bien.

–De verdad, no me gustan nada estas fiestas que organizan mi hijo y mi nuera. Se dan tantos aires que resulta asqueroso.

Heather no sabía qué decir. Aunque le hacía mucha gracia la candidez de la anciana.

–No pasa nada, querida. Todos los que están aquí son unos fantoches y mi hijo y mi nuera son los peores de todos.

–Bueno, al fin y al cabo, su hijo es el presidente del Banco Southern Oaks.

–Bah, tonterías. Da igual el trabajo que uno tenga, siempre debe recordar de dónde viene –la señora Wainwright sonrió entonces–. Seguro que no sabes que John es hijo de un granjero que tenía

muchas hectáreas de tierra pero nada de dinero.

–Ah, no lo sabía.

La mujer señaló a Jake con un dedo artrítico.

–Pero el joven con el que has venido parece diferente a los demás. Seguro que tiene dinero, pero no actúa como si fuera superior a todo el mundo. No, él no ha olvidado de dónde viene.

Heather miró a Jake. Seguía sin saber mucho sobre él. Ocupada con la carrera, no había tenido tiempo de averiguar nada sobre su familia o su infancia.

¿Sus padres estarían vivos? ¿Tendría hermanos? ¿Podría Mandy tener una familia?

No sabía nada sobre la vida de Jake, pero tenía intención de enterarse.

Aunque debía reconocer que la señora Wainwright había acertado en su juicio; Jake no se daba aires y no se hacía el importante. En el rancho no intentaba humillar a nadie y hasta Clara había comentado que todos los empleados se sentían muy a gusto con él.

Además, ella lo había visto con los peones y, además de saludarlos por su nombre de pila, siempre charlaba con ellos durante unos minutos.

Y seguramente era el único millonario del mundo que se sentaba a comer en la cocina con el ama de llaves, su nieto adolescente y la gerente del rancho.

–¿Estás lista para darle las gracias a nuestros anfitriones por tan bonita fiesta antes de irnos a casa?

Heather se sobresaltó al escuchar la voz de Jake a su lado. Perdida en sus pensamientos, no se había dado cuenta de que ya no estaba charlando con el anfitrión.

–Jake, te presento a la señora Wainwright, la madre de John.

–Ah, encantado.

–Muchas gracias, joven.

–Ha sido muy agradable charlar con usted –se despidió Heather.

–Lo mismo digo –la mujer puso una mano en su brazo y le hizo un gesto para que se inclinase un poco–. No pierdas a este chico. Te lo digo en serio, vale la pena.

–Gracias, señora Wainwright –Heather tuvo que sonreír, aunque

Después de despedirse de los anfitriones, Jake esperó hasta estar sentado en el coche con Heather antes de pedirle disculpas.

–Lo siento mucho, cielo.

–¿Qué es lo que sientes? –preguntó ella, sorprendida tanto por la disculpa como por el cariñoso apelativo.

–Wainwright se ha portado como un grosero.

Cuando aquel idiota la trató como si no estuviera allí, Jake había sentido un extraño deseo de protegerla. Y de darle un puñetazo en la nariz a John Wainwright por ser tan desdeñoso.

Heather lo miraba en silencio, con una expresión peculiar.

–¿Qué? –le preguntó por fin–. ¿Por qué me miras así?

–Cuéntame cosas de ti.

–¿Cosas de mí? –repitió Jake, divertido–. ¿Qué cosas?

–Pues no sé… todo. Dónde naciste, si tienes hermanos. ¿Mandy tiene una familia?

–¿Y por qué se te ha ocurrido eso ahora? –le preguntó él.

–Jake, tenemos una hija en común y, aparte de que eres abogado en Los Ángeles, no sé absolutamente nada de ti.

–No hay ningún misterio. Nací en San Francisco y tengo un gemelo idéntico que se llama Luke…

–¿Tienes un gemelo idéntico?

–Sí.

–¿Hay dos hombres como tú? –exclamó Heather.

–Sí, pero Luke siempre ha sido el más callado y el más serio de los dos.

–En otras palabras, todo lo opuesto a ti. ¿Está casado?

–Sí, se casó hace unos meses. Su mujer, Haley, y él están esperando su primer hijo –sorprendido, Jake descubrió que le gustaba compartir detalles de su vida con Heather–. Y tenemos una hermana, Arielle, diez años menor que nosotros. Se casó el mes pasado y está embarazada de gemelos.

Heather se quedó callada durante tanto tiempo que pensó que se había quedado dormida.

–Me alegro mucho de que Mandy vaya a tener tíos y primos. ¿Y abuelos? ¿Tus padres viven todavía?

–No, nuestra madre murió en un accidente de tráfico cuando Luke y yo teníamos veinte años –Jake respiró profundamente para controlar la emoción. Por mucho tiempo que hubiera pasado seguía

echándola de menos.

–Lo siento. ¿Y tu padre?

Él hizo una mueca.

–Después de dejar a mi madre embarazada se marchó y no volvimos a verlo hasta que teníamos diez años. Entonces apareció de nuevo, se quedó el tiempo necesario para dejar embarazada a mi madre otra vez y volvió a desaparecer. Nos enteramos hace poco de que había muerto en un accidente de barco.

–¿Y quién se encargó de criar a tu hermana? Porque debía de tener diez años cuando tu madre murió…

–Luke y yo –contestó él–. Entonces estábamos en la universidad y tuvimos la suerte de conseguir un trabajo en el que podíamos turnarnos. Luke trabajaba durante un semestre mientras yo me encargaba de Arielle y luego al revés.

–Pero eso debió de ser muy difícil para todos vosotros. ¿No intentasteis poneros en contacto con vuestro padre para ver si podía ayudaros?

Habían llegado a la entrada de Hickory Hills y Jake pulsó el mando a distancia que le había dado Clara para abrir la verja.

–Lo intentamos, pero no logramos localizarlo. Ni siquiera sabíamos su verdadero nombre.

Heather lo miró, perpleja.

–¿No sabíais el nombre de vuestro padre?

–Bueno, es una historia muy larga, pero no descubrimos quién era hasta que nos informaron de que había muerto.

Jake decidió omitir por el momento el nombre de su famosa abuela. Aún no se había hecho a la idea de que lo era y, además, no le gustaba nada cómo manipulaba a sus nietos.

–Mandy tiene una bisabuela –le dijo, sin embargo, observándola por el rabillo del ojo–. Descubrimos su existencia al mismo tiempo que la muerte de mi padre.

–Bueno, pero está bien que os hayáis encontrado aunque sea tarde, ¿no?

–Más bien nos encontró ella –Jake se encogió de hombros–. Sabía que su hijo había sido un donjuán y contrató a un equipo de investigación para ver si había tenido descendencia.

–¿Y se puso en contacto con vosotros? –le preguntó Heather, aparentemente fascinada por la historia.

–Así es. Con Luke, con Arielle, conmigo… y con nuestros hermanastros.

–¿Tu padre tuvo más hijos?

–Por lo visto, mi padre se tomó al pie de la letra el versículo de la Biblia en el que dice: *Creced y multiplicaos* –Jake sonrió mientras aparcaba el coche frente a la casa–. Tuvo otros tres hijos con tres mujeres diferentes.

Ella lo miró entonces, boquiabierta.

–¡Vaya! Desde luego, era un hombre muy… activo.

–Eso es decir poco.

Jake bajó del coche y dio la vuelta para ayudarla a salir. No podía dejar de ver los paralelismos entre cómo había vivido él su vida y cómo lo había hecho su padre. Y no estaba orgulloso de ello. Pero él era diferente a su padre en lo importante; iba a cuidar de Mandy mientras que Owen Larson había fracasado con sus hijos de todas las maneras posibles.

–Puede que tengas la impresión de que me parezco a mi padre, pero te aseguro que yo siempre estaré ahí para Mandy y para ti, Heather.

–Jake…

–Lo digo en serio. Yo no soy un canalla irresponsable como él.

Pensando que ya le había contado más que suficiente sobre su atípica familia, Jake admiró su pelo castaño claro sujeto en un elegante moño, el vestido negro con escote palabra de honor, los imposibles zapatos de tacón vertiginoso…

En Los Ángeles ese tipo de zapato tenía un nombre muy explícito, pero seguramente Heather no sabía que algunas mujeres los llevaban para enviar el mensaje de que estaban dispuestas a todo.

Suspirando, levantó la cabeza para apoyar la frente en la de ella.

–¿Tú sabes lo sexy que estás esta noche? ¿Tienes idea de lo preciosa que eres?

Antes de que tuviese oportunidad de contestar, Jake buscó sus labios… pero no había esperado que fuera Heather quien tomase el control. Aunque tímidamente.

Pero cuando ganó confianza y empezó un juego de avance y retirada con su lengua, las chispas provocaron tal incendio que Jake pensó que estaba a punto de arder por combustión espontánea.

La reacción de su cuerpo fue inmediata. No había estado tan excitado desde que era un adolescente.

Con las piernas temblorosas y mareado por falta de riego sanguíneo en el cerebro, Jake se apartó con desgana. Y tenía que apartarse porque si no acabaría haciéndole el amor allí mismo, en el porche de la casa.

–Cariño… no puedo creer que vaya a decir esto pero, a menos que estés dispuesta a subir a mi habitación, será mejor que nos demos las buenas noches.

Jake vio que se ponía colorada mientras daba un paso atrás.

–Lo siento… yo… no, aún no –Heather cerró la boca mientras daba otro paso atrás y luego otro–. Quiero decir no… eso no va a pasar.

Cuando se dio la vuelta para subir los escalones del porche a la carrera, Jake se aflojó la corbata y desabrochó los dos primeros botones de su camisa porque le faltaba aire. Luego, metiendo las manos en los bolsillos del pantalón, decidió dar un paseo hasta la verja de la entrada.

No podía creer que la noche hubiera terminado de esa forma. Él no tenía por costumbre divulgar información sobre su familia a las mujeres con las que salía. Así, las cosas eran menos complicadas cuando cada uno se iba por su lado.

Pero Heather era diferente. Por razones que no quería examinar, deseaba que lo supiera todo sobre él. Y quería saberlo todo sobre ella.

¿Por qué había decidido ser gerente de un rancho? ¿Por qué le gustaban tanto los caballos? ¿Tenía hermanos? ¿Dónde estaban sus padres?

Jake sacudió la cabeza. No sabía por qué o dónde llevaría eso, pero mientras formaba un lazo con su hija tenía intención de acercarse un poco más a la madre.

Después de comprobar que Mandy dormía plácidamente, Heather entró en la habitación que usaba desde que Jake trasladó sus cosas a la casa grande y cerró la puerta. ¿Qué demonios la había poseído para besarlo de esa forma?

¿Y por qué le había dado a entender que en algún momento estaría lista para hacer el amor con él? ¿Había perdido la cabeza?

Mientras se quitaba los zapatos y desabrochaba el vestido pensó en los detalles que le había contado sobre su familia. Jake Garnier no era lo que uno podía imaginar, evidentemente.

Era un hombre hecho a sí mismo, alguien que no siempre lo había tenido fácil en la vida. Había tenido que cuidar de una niña de diez años cuando él no era más que un estudiante y aun así logró terminar la carrera. Sus hermanos y él habían hecho lo imposible por seguir juntos tras la muerte de su madre y eso era algo por lo que un donjuán despreocupado no se interesaría jamás.

Después de ponerse el camisón y lavarse la cara, Heather se metió en la cama y se abrazó a la almohada.

Cuantas más cosas sabía sobre Jake más lo admiraba. Y, considerando que le resultaba prácticamente imposible resistirse a sus encantos, eso era algo muy peligroso. Porque, si volvía a perder la cabeza, no sólo saldría herida ella, sino Mandy también.

Suspirando, cerró los ojos y debió de quedarse dormida porque, de repente, el llanto de Mandy por el monitor la despertó. Nerviosa, saltó de la cama y buscó a tientas la bata, pero la voz de Jake la detuvo…

–¿Qué ocurre, Mandy? ¿Mi pequeñita ha tenido una pesadilla?

Heather se quedó en silencio, escuchando. Y, mientras lo oía tranquilizar a su hija, sus ojos se llenaron de lágrimas. Era evidente que quería a la niña y que sería un padre comprometido y responsable.

Heather salió del dormitorio y, sin hacer ruido, se acercó a la puerta de la habitación para ver a Jake acunando tiernamente a la niña contra su pecho. Pero no dijo nada hasta que volvió a meterla en el moisés y salió al pasillo.

–Te agradezco mucho que no hayas querido despertarme.

Él sacudió la cabeza mientras se pasaba una mano por el cuello.

–Una pena que no haya servido de nada.

Los dos se quedaron en silencio y Heather tuvo que hacer un esfuerzo para disimular que se lo estaba comiendo con los ojos. Con aquel pantalón de pijama de seda azul estaba para comérselo y, de repente, sintió que una ola de calor la recorría de arriba abajo.

–Heather, ¿te encuentras bien?

–Sí… sí, estoy bien –contestó ella. Tenía que escapar de allí mientras aún tenía presencia de ánimo para hacerlo.

Pero la sonrisa de Jake le dijo que sabía perfectamente lo que estaba pensando.

–A mí también me gusta verte en camisón –murmuró, alargando una mano para tocar uno de los finos tirantes con el dedo índice–. Tú haces que el color turquesa parezca precioso.

–Pensé que era al revés. ¿No son los colores los que sientan bien a la gente?

–En tu caso, no –Jake deslizó el dedo por su hombro–. Tú haces que todo lo que te pones parezca increíblemente sexy.

Heather se estremeció cuando la punta de su dedo rozó el nacimiento de sus pechos.

–Yo… tengo que ir a mi habitación…

–Prefiero que te quedes conmigo.

–¿Aquí, en el pasillo?

Sabía que estaba jugando con fuego. El calor de su cuerpo, su voz ronca, con un timbre tan íntimo… todo eso provocaba una quemazón que sólo Jake podía curar.

–Yo estaba pensando en mi habitación.

El pulso de Heather se aceleró.

Lo que quería era ir con él. Lo que necesitaba era estar tranquila. Y eso sería de todo punto imposible si se dejaba llevar por el corazón.

De modo que, respirando profundamente, hizo acopio de valor antes de decir:

–Quiero que tú te vayas a tu habitación y yo a la mía.

–¿Estás segura de que eso es lo que quieres?

Los dos sabían que estaba mintiendo. Lo último que deseaba era volver sola a la habitación, pero hacer el amor con Jake sólo serviría para complicar una situación de por sí muy complicada.

–Sí –respondió con voz trémula–. Buenas noches, Jake.

Cuando él puso una mano sobre su hombro para detenerla, el brillo de esos ojos azules redobló los latidos de su corazón.

–No puedes huir de esto, de nosotros, para siempre –murmuró, inclinándose para besarla con tal ternura que Heather estuvo a punto de rendirse–. Que duermas bien, cariño.

Mientras lo veía alejarse hacia el dormitorio principal, Heather tuvo que apoyarse en el quicio de la puerta porque se le doblaban las piernas.

¿Cómo demonios iba a resistirse a la atracción que había entre los dos?

De alguna forma, no sabía cómo, logró llegar a su habitación y cerrar la puerta. Si sólo fuera una atracción física, estaba segura de que podría resistirse.

Pero era algo más.

Cuanto más sabía sobre Jake y más veía que de verdad tenía intención de cuidar de su hija, más cerca estaba de escuchar a su corazón. Y eso era algo que no podía ocurrir.

Heather se metió en la cama y abrazó la almohada como era su costumbre. No había la menor duda: si quería sobrevivir a la visita de Jake a Hickory Hills, iba a tener que controlar sus emociones con mano de hierro. Porque estaba en peligro de perder algo más que el corazón si no lo hacía.

Aún no habían hablado sobre la custodia de Mandy y, considerando que Jake la había relevado de sus funciones en el establo de esa manera tan impertinente, incluso podría perder su trabajo.

Pero al pensar en lo que sentía cuando la tocaba, cuando la abrazaba, supo que iba a ser imposible controlar sus sentimientos.

Estaba enamorándose de él otra vez y no parecía capaz de evitarlo.

Capítulo 6

–¿Dónde está Heather? –preguntó Jake cuando entró en la cocina por la mañana y encontró a Clara dándole el desayuno a Mandy.

–En el establo –contestó el ama de llaves–. Por lo visto, uno de los caballos se ha hecho daño y Tony ha llamado para que fuera a echar un vistazo. Él sabe que Heather no se lo perdonaría si no le hubiera dicho nada.

Jake arrugó el ceño. Había encargado a Tony de los establos para que Heather no tuviera que preocuparse por todo antes de la carrera.

–¿Le ha ocurrido algo a Dancer?

–No, creo que uno de los sementales se ha hecho un corte mientras estaba en el corral –Clara le dio una cucharadita de papilla a Mandy–. Heather sabe casi tanto de animales como un veterinario e imagino que Tony quería que echase un vistazo a la herida.

–¿Y dónde ha aprendido tantas cosas sobre animales? –preguntó Jake, mientras sacaba una taza del armario.

–Aprendió con el mejor, con su padre –respondió Clara–. George McGwire fue el gerente del rancho hasta que murió hace cinco años. Y desde que tenía edad para caminar, Heather lo seguía como una sombra, aprendiendo todo lo que sabía sobre caballos.

Fascinado por la historia, Jake se apoyó en la encimera de la cocina.

–¿Y su madre? ¿Sigue viva?

–No, qué va. Bueno, en realidad no lo sé. Era una mujer muy irresponsable que sólo quería pasarlo bien. Se marchó cuando Heather tenía seis años y no hemos vuelto a saber nada de ella.

Aparentemente, su padre y la madre de Heather tenían mucho en común; eran dos narcisistas totalmente incapaces de asumir sus responsabilidades.

–Creo que voy a acercarme al establo para ver qué pasa. ¿Te importa cuidar de Mandy hasta que vuelva?

–No, claro que no –Clara sonrió mientras limpiaba la carita de la niña–. Lo único que tengo que hacer esta mañana es una nueva lista de tareas para cuando Daily termine de limpiar los establos.

Riendo, Jake se preguntó durante cuánto tiempo pensaba hacer sufrir al chico por su falta de buen juicio.

–Tengo un proyecto para el que necesito su ayuda. ¿Crees que podrás colarlo entre las tareas de mañana?

El ama de llaves asintió con la cabeza.

–¿Lo necesitas durante todo el día?

–Probablemente durante varios días. ¿Te importa?

–No, en absoluto. ¿Qué tienes pensado hacer esta vez?

–Cuando trasladamos las cosas de Heather y la niña a la casa grande me di cuenta de que la casa de los empleados necesitaba una mano de pintura y moqueta nueva.

–Ah, estupendo.

–Bueno, voy a ver qué pasa con ese semental.

Mientras iba hacia el establo no podía dejar de pensar en Heather. Se preguntaba cómo habría dormido esa noche, aunque si tuviera que apostar, diría que no había dormido mejor que él.

Cuando entró en el establo miró alrededor, pero no veía a nadie…

–Sujetadlo mientras le pongo el sedante.

Jake se volvió automáticamente al oír la voz de Heather dentro de uno de los cajones. Y, al ver lo que estaba pasando, sintió que se le encogía el corazón.

Heather, Tony y otro de los peones intentaban sujetar a un caballo enorme que parecía muy agitado y tuvieron que dar un salto para evitar que los coceara.

–¡Heather, sal de ahí!

–¡No entres! –gritó ella–. Quédate ahí, lo tenemos todo controlado.

A Jake no le parecía que tuviesen nada controlado. Al contrario, daba la impresión de que alguien iba a resultar herido si no hacía algo. Y pensar que ese alguien pudiera ser Heather hizo que su corazón se acelerase hasta marearlo.

Cuando Tony y el otro hombre por fin lograron sujetar al semental, Heather se movió rápidamente para ponerle una inyección en los cuartos traseros y el caballo, enfurecido, coceó la

puerta del cajón con tal fuerza que de haber sido una persona la habría matado.

Pero cuando parecía que iba a ocurrir una tragedia, Heather y los peones salieron del cajón y cerraron la puerta a toda prisa.

Asustado, Jake la tomó del brazo.

–¿Qué crees que estás haciendo?

–El trabajo que tú me pagas por hacer.

Él sacudió la cabeza, furioso.

–Yo pago a un veterinario para que haga esas cosas. Y, a juzgar por las facturas que me manda, le pago muy bien.

Jake vio que Tony y el otro hombre salían discretamente del establo y se alegró porque tenían que hablar muy seriamente.

–Para tu información, el veterinario está en camino –dijo Heather entonces. Sus ojos verdes brillaban de furia y Jake pensó que nunca la había visto más guapa.

–¿Entonces qué hacías en el box? ¿Por qué no has esperado que llegase?

–Porque Magic necesitaba un tranquilizante de inmediato. No podíamos arriesgarnos a que empeorase la situación rozándose contra las paredes. Eso es lo que hacen los animales cuando tienen una herida.

–Me da igual –replicó Jake, enfadado–. Ese animal podría haberte matado.

–Llevo trabajando con animales toda mi vida y sé lo que hago –insistió ella–. Además, ese caballo es hermano de Dancer y vale casi tanto como él. Con sus tarifas como semental ganarás una fortuna antes de que se retire.

Jake la tomó por los hombros.

–¿Es que no lo entiendes? Esto no tiene nada que ver con el dinero. Tu seguridad es mucho más importante para mí que el dinero que pueda ganar con ese caballo.

Heather lo miró en silencio durante unos segundos y, por fin, el gesto de furia desapareció.

–En serio, no ha pasado nada. Yo estoy acostumbrada a tratar con animales, Jake.

–Incluso la menor posibilidad de que resultes herida es demasiado para mí –dijo él, abrazándola.

Su corazón empezaba a recuperar el ritmo normal, pero no

podía olvidar el miedo que había sentido al verla en el box. Casi el mismo miedo que había sentido cuando despertó y vio que Mandy ya no estaba en la cama con él.

Pero antes de que pudiera analizar lo que eso significaba, Jake inclinó la cabeza para buscar los labios de Heather. No sabía por qué, tal vez porque necesitaba comprobar por sí mismo que estaba bien.

Sin embargo, la verdad era que cada día se le daba mejor encontrar razones para besarla.

Heather le echó los brazos al cuello y Jake apretó su trasero, empujándola suavemente hacia él. Pero un roce insistente en su pierna hizo que se apartase un poco…

Nemo, por supuesto.

–Menos mal que ha aparecido justo ahora –murmuró Heather, poniéndose colorada.

–Se supone que deberías ser el mejor amigo del hombre –protestó Jake, inclinándose para acariciarle las orejas–. ¿Qué te parecería si yo te interrumpiera cuando estás con una de tus novias?

–Como ha sido castrado, dudo mucho que le importase –murmuró ella.

–Pobre Nemo. Siento mucho oír eso –dijo Jake, compasivo.

–¿Por qué lo sientes?

–Es una cosa de hombres. Tú no lo entenderías.

–El veterinario acaba de llegar –anunció Tony desde la puerta del establo.

–Heather y yo volvemos a la casa –dijo Jake antes de que ella pudiera encontrar cualquier excusa para quedarse–. Ayúdale tú en lo que necesite, Tony.

–Muy bien, jefe.

–No pienso ir a ningún sitio –protestó Heather–. Mi trabajo es quedarme aquí y comprobar que el veterinario cura la herida de Stormy Magic.

–El doctor Pennington está aquí y Tony se encargará de que le ponga el tratamiento que necesite –Jake la tomó por los hombros para llevarla hacia la puerta–. Además, no sé si te acuerdas pero tenemos una cena esta noche con los propietarios de ranchos de la zona.

–Podrías ir sin mí.

–No, de eso nada. Tú aceptaste ir conmigo a esas fiestas y es demasiado tarde para echarse atrás.

Heather negó con la cabeza.

–Más bien tú me obligaste a decir que sí.

Jake soltó una carcajada.

–Bueno, da igual. Lo que quiero decir es que tendrás que arreglarte.

–¿Por qué? No hemos quedado hasta las ocho.

–Esta mañana me han llamado los de la cadena de televisión que va a emitir la carrera y quieren una entrevista antes de la cena para un segmento que llaman algo así como *Conoce a los propietarios*.

–Yo no soy la propietaria de Dancer, así que no hay razón para que me incluyas a mí en ese asunto –Heather se apartó, fulminándolo con la mirada.

–Pero eres su entrenadora.

–Cuando fue nombrado favorito para ganar la carrera lo grabaron entrenando en el corral. Entonces me entrevistaron y les conté todo lo que tenían que saber sobre Dancer, así que estos quince minutos de fama son todos tuyos.

Cuando Jake la ayudó a bajar de la limusina, Heather se sintió como si acabara de entrar en un circo de tres pistas. Había cámaras y reporteros por todas partes mientras recorrían la alfombra que llevaba a la entrada de uno de los hoteles más prestigiosos de Louisville.

–Es como un estreno de Hollywood –comentó Jake, poniendo una mano en su cintura.

–Y la razón por la que yo hubiera preferido quedarme en casa –murmuró Heather.

Habían estado una hora y media siendo entrevistados por la cadena de televisión que iba a emitir la carrera, además de un par de reporteros de medios gráficos, y estaba deseando escapar de tanta atención.

–¿Qué has dicho, cariño?

–Nada, no importa –contestó Heather. No le sorprendía que no la hubiese oído con el griterío de los periodistas.

Afortunadamente, dejaron atrás el caos en cuanto entraron en el hotel. Heather esperó mientras Jake le daba al portero su invitación

y, unos segundos después, entraban en el salón de baile donde tendría lugar la cena.

La luz de las lámparas de araña hacía que las paredes blancas tuviesen un brillo dorado y acentuaba el rojo de las cortinas de terciopelo. Y a su alrededor vio a algunas de las personas que habían acudido a la fiesta de John Wainwright, además de varias celebridades y políticos locales.

–¿Ese hombre es quien yo creo que es? –preguntó Jake cuando un jeque atravesó el salón seguido de su séquito.

–Es el jeque Kalid Al-Kahra, el propietario del caballo que le hace la competencia a Dancer.

–¿Crees que debemos preocuparnos?

–No, en absoluto –Heather no pudo disimular una sonrisa de orgullo–. El jockey del jeque tiene tendencia a salir en cabeza, pero no aguanta. Cuando llega a la meta, al caballo no le queda aire.

–Entonces, me alegro de que ese jockey monte el caballo del jeque y no el nuestro.

–El antiguo propietario de Hickory Hills siempre exigía lo mejor, por eso nosotros contamos con Miguel Santana –Heather señaló a un grupo de gente cerca de la orquesta–. ¿Ves a ese señor tan distinguido, el que lleva el pecho cubierto de medallas? Es el príncipe de Marunda, el propietario del circuito de carreras.

Jake lo miró, sorprendido.

–Vaya, veo que la fiesta de los Wainwright era cosa de risa comparada con la de hoy –murmuró, mientras tomaba dos copas de champán que le ofrecía un camarero–. Aquí hay gente importante de verdad.

–Sí, supongo que sí –Heather tomó un sorbo de champán, pensativa–. Pero la verdad es que a mí me impresionan más los caballos que sus propietarios.

–¿Lo dices en serio?

–Claro que sí. La gente como el jeque y el príncipe se han criado entre algodones. No tuvieron que esforzarse para llegar donde están, pero todos los caballos empiezan en el mismo sitio. Puede que tengan un pedigrí fantástico, pero deben esforzase para demostrar que pueden participar en una carrera y eso es algo que admiro mucho.

Jake se quedó callado un momento, mirándola fijamente.

–¿Ocurre algo?

–No, no –dijo él, con esa sonrisa que siempre aceleraba su pulso–. ¿Te das cuenta de que eres la mujer más bella de la fiesta?

–No lo había pensado. Además, no creo que sea verdad.

Jake sí era el más guapo de la fiesta, sin la menor discusión. Con un esmoquin que estaba segura no había comprado en cualquier tienda, parecía una estrella de cine.

Cuando una bonita joven se colocó frente al micrófono, delante de la orquesta, y empezó a cantar un blues, Jake dejó las dos copas sobre una mesa.

–Vamos a bailar –dijo, llevándola a la pista de baile.

En cuanto la tomó por la cintura, la atracción que había entre ellos se volvió explosiva. Mirándose a los ojos, ninguno de los dos dijo una palabra mientras la orquesta tocaba y la joven cantaba una canción sobre encontrar el amor verdadero. Jake la apretó contra su pecho, moviéndose al ritmo de la música, y Heather supo que recordaría aquel momento durante el resto de su vida.

Cuando la canción terminó, la orquesta inmediatamente empezó a tocar otra balada lenta y Jake la apretó un poco más. Apoyando la cabeza en su pecho, Heather cerró los ojos. Nunca se había sentido más segura, más protegida que en aquel momento.

–Cariño, te deseo más de lo que había deseado nada en toda mi vida –le dijo Jake al oído.

Su cálido aliento provocaba escalofríos y Heather ni siquiera intentó disimular. Podría negar que también ella lo deseaba, pero estaba cansada de mentir.

Desde el momento que llegó al rancho había luchado contra lo que sabía inevitable. Las caricias de Jake, sus besos, estar entre sus brazos… todo eso había roto sus defensas, haciéndole perder la batalla que libraba contra sí misma. Lo deseaba en aquel momento tanto como lo había deseado la noche que concibieron a Mandy.

Cuando echó la cabeza hacia atrás para mirarlo, el brillo de pasión que vio en sus ojos azul cobalto la dejó sin aliento.

–¿Cuánto tiempo más tenemos que quedarnos aquí?

–Hemos hecho acto de presencia. Eso es todo lo que se espera de nosotros.

–Entonces, ¿qué te parece si nos vamos a casa? –le preguntó Jake, con el corazón en la garganta.

Y antes de que pudiera contestar la tomó de la mano para salir del salón. En el vestíbulo, pidió que llamaran a la limusina y, unos segundos después, pulsaba el botón del cristal que los separaba del conductor.

Levantando su barbilla con un dedo, sonrió cuando sus ojos se encontraron.

–Sabes lo que va a pasar cuando lleguemos al rancho, ¿verdad?

Su sonrisa le robó el aliento.

–Sí –murmuró Heather.

Aplastándola contra su pecho, Jake se apoderó de su boca y, de repente, fue como si la temperatura en el interior del coche hubiese aumentado veinte grados. Heather le echó los brazos al cuello, entreabriendo los labios, ofreciéndose…

Su respuesta lo excitó de tal manera que no dudó en acariciar sus pechos por encima del vestido para rozar los endurecidos pezones con el pulgar.

Los gemidos de Heather avivaban aún más el fuego que crecía en su interior, pero cuando puso una mano sobre su muslo el incendio que sintió entre las piernas lo hizo creer que iba a explotar allí mismo.

Nada le hubiera gustado más que quitarle el vestido y hacerle el amor en el asiento del coche. Pero, aunque no había hecho el amor en el asiento trasero de un coche desde que era un adolescente, no había olvidado lo incómodo que era.

Apartándose un poco, Jake intentó llevar oxígeno a sus pulmones mientras le arreglaba el vestido. Aunque la deseaba más que nada, no quería hacer las cosas con prisas. Quería que su primera vez juntos fuera algo especial.

Cuando Heather apoyó la mano en su torso, Jake la cubrió con la suya, suspirando. El viaje de vuelta a Hickory Hills le pareció el doble de largo que el viaje de ida y, cuando la limusina se detuvo en la puerta de la casa, Jake tenía tal cantidad de adrenalina corriendo por sus venas que parecía capaz de correr una maratón.

Sin esperar que el chófer lo hiciera, bajó de un salto y dio la vuelta para ayudar a Heather a salir.

Ninguno de los dos dijo nada mientras subían los escalones del porche, pero una vez en el vestíbulo la tomó entre sus brazos.

–¿Mandy está con Clara esta noche?

–Sí –contestó ella–. Como no sabía cuánto tiempo estaríamos fuera pensé que lo mejor era que durmiese en su habitación.

Después de besarla hasta que los dos tuvieron que apartarse para buscar aliento, Jake la tomó por la cintura.

–Vamos arriba, cariño.

Cuando llegaron al segundo piso, Jake tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no tomarla en brazos y correr hasta la habitación. La deseaba con una urgencia extraordinaria, pero concentró su atención en ir despacio y recordarle lo felices que habían sido aquella noche en Los Ángeles.

Una vez en el dormitorio, encendió la lamparita de la mesilla y la tomó entre sus brazos para besar su frente, sus ojos, la punta de su nariz.

–Voy a besarte por todas partes y cuando termine no habrá un solo centímetro de tu cuerpo que no haya tocado.

Mientras la besaba desde la garganta hasta el delicado hueso de la clavícula alargó una mano para bajar la cremallera del vestido. Y cuando la prenda cayó al suelo, su corazón se detuvo durante una décima de segundo al ver que llevaba un liguero blanco y medias de seda.

No conocía a ningún hombre en todo el planeta que no tuviera alguna fantasía sobre una mujer con un liguero y unos zapatos de tacón vertiginoso.

–De haber sabido que llevabas esto nos habríamos marchado después del primer baile –le dijo con voz ronca.

La seductora sonrisa de Heather hizo que su presión arterial se pusiera por las nubes.

–Cuando me visto para salir me gusta sentirme femenina.

Jake sonrió.

–Pues entonces tendremos que salir más a menudo –murmuró, deslizando las manos por sus muslos.

Después de soltar el enganche del liguero, se inclinó para quitarle el zapato y tiró suavemente de la media, tomándose su tiempo y sintiéndola temblar. Hizo lo mismo con la otra pierna, y mientras se erguía pasaba las manos por sus suaves muslos, disfrutando de la caricia de su piel.

Antes de tomarla entre sus brazos le quitó el liguero y lo tiró al suelo, junto con el resto de la ropa. Cuando Heather buscó sus

labios ansiosamente, Jake supo que nunca había saboreado nada más excitante.

Pero se apartó un poco para quitarle el sujetador y dejarlo caer al suelo… y se quedó sin aire al ver esos pechos perfectos. Empezó a acariciarlos y vio que el rostro de Heather se contraía en una mueca de placer cuando apretó suavemente los pezones.

–Eres tan preciosa, tan perfecta.

–Tú también –murmuró ella, tirando de las solapas de la chaqueta. La prenda cayó al suelo y el corazón de Jake se volvió loco cuando Heather empezó a desabrochar los botones de la camisa. Y cuando apartó la prenda de lino para poner las manos sobre su torso desnudo, el roce lo excitó tanto que casi le dolía.

–Te he deseado desde que volví de la reunión en Churchill Downs el otro día –le confesó Heather, sin dejar de acariciarlo.

–No tanto como yo a ti, cariño.

Cerrando los ojos, Jake disfrutó del roce de sus dedos trazando sus pectorales y sus abdominales. Pero cuando empezó a trazar la línea de vello que iba desde el ombligo hasta el elástico del pantalón abrió los ojos de golpe.

–Me encanta que me toques, pero prefiero no empezar la fiesta sin ti.

Heather lo miró y el deseo que detectó en sus ojos lo dejó sin aliento.

–Ha pasado tanto tiempo…

–Lo sé, cariño.

Jake pasó los dedos por el elástico de la braguita y vio cómo sus ojos se oscurecían de deseo.

Sin decir una palabra, tiró hacia abajo de la prenda y ella lo ayudó levantando los pies. Pero Jake contuvo el aliento cuando empezó a desabrochar la cremallera de su pantalón. Iba tan despacio que temió acabar sufriendo un infarto y decidió hacerlo él mismo porque sería más rápido, pero cuando iba a quitarse los calzoncillos Heather lo detuvo.

–¿Te importa? –el sonido de su voz se deslizó sobre él como una caricia de seda.

–No, en absoluto. Tú mandas.

No dejaba de mirarla mientras le bajaba los calzoncillos, pero en cuanto pudo se libró de ellos y la tomó en sus brazos. Notar esos

pechos tan hermosos aplastados contra su torso, los oscuros pezones rozando su piel, hizo que tuviera la impresión de haber estallado en llamas.

Sintió un escalofrío cuando Heather empezó a acariciar su espalda y sus muslos, pero cuando sus dedos encontraron el miembro erguido, Jake pensó que iba a marearse. Mientras Heather parecía medir la largura y anchura con sus dedos, él inclinó la cabeza para tomar uno de sus pezones entre los labios y rozarlo con la punta de la lengua…

–Creo que lo mejor será que nos metamos en la cama, cielo. Si espero un poco más, no sé si me quedarán fuerzas para hacerlo.

Jake abrió el cajón de la mesilla para sacar un preservativo y, después de colocarlo bajo la almohada, se tumbó a su lado y buscó sus labios en un apasionado beso con el que le decía lo que aquel momento significaba para él y cuánto la deseaba.

Nunca había querido darle placer a una mujer como quería dárselo a Heather.

–Me gustaría ir despacio, pero no creo que sea posible –dijo con voz ronca.

Ella lo miró con los ojos llenos de deseo mientras le echaba los brazos al cuello.

–Yo te deseo de la misma forma.

Jake sabía que estaba experimentando lo mismo que él, pero que le confirmase sus sospechas casi hizo que perdiera la cabeza. Mientras la besaba, seguía acariciando sus pechos con una mano y cuando tomó uno de los pezones en la boca para chuparlo suavemente, un gemido escapó de sus labios. Heather apretaba su cabeza, como pidiéndole que no parase.

–Me gustas tanto…

Jake deslizó las manos por sus caderas y el interior de sus muslos para seguir excitándola.

–Me estas volviendo loca…

Cuando metió una mano entre sus piernas y la encontró húmeda y lista para él, Jake creyó que se volvía loco. Saber que lo deseaba tanto como la deseaba él lo obligó a echar mano de todo su autocontrol para no perder la cabeza del todo.

Lo único que deseaba era enterrarse en ella para que los dos pudieran al fin satisfacer su deseo, pero respiró profundamente,

intentando alargar el momento.

Él era un amante experto y siempre satisfacía a sus compañeras, pero era más importante que nunca que Heather se sintiera satisfecha.

–Por favor, Jake…

Aparentemente, ella sentía la misma urgencia porque de repente alargó una mano para acariciar su miembro y el incendio que había empezado unos minutos antes se convirtió en un infierno. Y Jake tuvo que luchar con todas sus fuerzas para no caer al precipicio.

–Un momento, cariño –murmuró, alargando una mano para tomar el preservativo. Se lo puso a toda prisa y, colocándose sobre ella, la penetró con una embestida que hizo gemir a Heather.

Apretando los dientes al sentir cómo lo abrazaba íntimamente, se inclinó para capturar sus labios mientras se movía dentro de ella. Pero la tensión era tan poderosa, el deseo tan voraz que cada movimiento, cada beso, parecía avivar las llamas.

Cuando Heather de repente se arqueó para recibirlo mejor y Jake sintió que sus músculos se contraían empujó con más fuerza. Unos segundos después, anonadado, vio una expresión de puro éxtasis en su rostro.

A punto de terminar también él, siguió empujando y sintió que los músculos de Heather volvían a contraerse mientras murmuraba su nombre.

Pensar que la había llevado dos veces hasta el final estuvo a punto de hacerle perder el poco control que le quedaba. Y cuando movió las caderas hacia delante por última vez, la ola de placer fue tan fuerte, tan abrumadora, que reverberó por todo su ser.

Apartándose para no pesarle, se tumbó de lado llevándola con él mientras los dos intentaban recuperar el aliento.

Aún aturdido por la intensidad de lo que habían compartido, Jake supo que nunca en toda su vida había experimentado algo así. Pero aunque no estaba preparado para ponerle nombre a lo que sentía, no era tan tonto como para negar su existencia. Y eso debería haberlo puesto nervioso. Era un misterio que no fuera así.

–¿Estás bien? –le preguntó, besando su pelo.

–Sí… ha sido increíble.

–Estoy completamente de acuerdo –murmuró Jake.

Cuando Heather bostezó, apoyando la cabeza en su pecho, él la

envolvió en sus brazos.

–¿Por qué no duermes un rato, cariño? Ha sido un día muy largo y la semana acaba de empezar. Tenemos que acudir a una docena de fiestas antes de que todo esto termine.

–¿Tantas?

–Desgraciadamente.

Heather iba a incorporarse, pero Jake no se lo permitió.

–¿Dónde vas?

–A mi habitación.

–No, de eso nada –dijo él, alargando una mano para apagar la lamparita–. Te quiero aquí, a mi lado.

–Pero…

–Quiero despertar a tu lado mañana y hacerte el amor otra vez –Jake la besó suavemente–. Y no podría hacerlo si no estuvieras aquí.

Heather se mordió los labios, pensativa.

–No lo sé… no sé si es buena idea.

Jake sabía que temía que aquello se le escapase de las manos, pero también él estaba en territorio desconocido.

–Por favor, pasa la noche conmigo –le suplicó–. A partir de mañana iremos día a día, poco a poco… y ya veremos dónde nos lleva.

La miró durante lo que le pareció un siglo hasta que, por fin, Heather asintió con la cabeza.

–Me quedaré esta noche, pero sólo esta noche. Y cuando llegue tu familia dentro de unos días, Mandy y yo volveremos a la casa de los empleados.

–¿Por qué?

–Porque, según mis cálculos, vas a necesitar todas las habitaciones disponibles.

–Esta suite es enorme –dijo él, pensando a toda velocidad–. Podemos poner el moisés de Mandy en el saloncito de la entrada, así podrás dormir conmigo.

Heather negó obstinadamente con la cabeza.

–Ya te he dicho que sólo va a ser esta noche. Nos iremos a la otra casa cuando llegue tu familia.

Jake se daba cuenta de que no tenía sentido discutir en ese momento, pero no le gustaba nada pensar que no iba a estar a su lado, en su casa, en su habitación.

–Muy bien –tuvo que asentir por fin.

Aparentemente satisfecha, Heather volvió a apoyar la cabeza en su hombro y, unos minutos después, se había quedado dormida.

Sin apartarse un centímetro, Jake miraba al techo, pensativo. Hickory Hills era el hogar de Mandy y Heather y aquella casa era su sitio. Y estaba seguro de que podría encontrar una razón para que se quedasen.

Lo único que tenía que hacer era encontrarla.

Capítulo 7

–A Heather no le va a gustar nada –murmuró Daily, preocupado.

Jake intentó animar al chico con una sonrisa mientras sacaban el sofá de la casa y lo subían a un camión de mudanzas.

–Deja que yo me preocupe por Heather, tú encárgate de no soltar el sofá.

Mientras Heather, Mandy y Clara estaban en Louisville de compras había llamado Emerald para decir que acudiría a la carrera. Y, aunque seguramente Heather iba a enfadarse por haber vaciado la casa sin avisar, lo perdonaría cuando le explicase la situación.

Ya que tenían que pintar y poner moqueta, tampoco estaría mal cambiar los muebles. Él había pensado hacerlo de todas formas, aunque no tan pronto.

Pero cuando por fin Emerald llamó para decir que acudiría a la carrera, había pedido la casa de los empleados para ella y su ayudante. Y, por lo tanto, tenía la excusa perfecta para que Heather y Mandy siguieran en la casa con él.

Emerald tenía más de setenta años y se negaba a subir y bajar escaleras, de modo que alojarse en la casa de los empleados era la mejor solución.

–¿Cuándo llegarán los pintores? –le preguntó Daily.

Mientras volvían a la casa para sacar el resto de los muebles, Jake miró su reloj.

–Deben de estar a punto de llegar. Será mejor que nos demos prisa para que puedan empezar cuanto antes.

Daily parecía casi tan nervioso como la noche que lo pilló intentando escapar de casa.

–¿Y cómo vas a decírselo a Heather?

–No pienso decirle nada.

–Pero cuando se entere nos va a matar –Daily sacudió la cabeza–. Bueno, ha sido un placer conocerte.

Jake soltó una carcajada.

–No te preocupes, yo me encargo de Heather. Tú sólo estás haciendo lo que yo te he pedido que hicieras. Eres inocente de todos los cargos.

Una hora después, Daily y él habían vaciado la casa y los muebles estaban en un almacén. Los pintores habían terminado de dar la primera mano cuando Heather, Clara y la niña llegaron al racho.

–Jake, ¿qué está pasando aquí?

–Estoy renovando la casa –contestó él, esperando que su reacción no fuese tan airada como Daily había imaginado.

–¿Cómo que estás renovando la casa?

–He contratado a unos pintores y voy a poner moqueta nueva.

Heather se puso en jarras.

–¿Qué has hecho con los muebles y con mis cosas?

–Los muebles están en un almacén, no te preocupes. Y tus cosas están en la otra casa.

Había pensado llevarlas a su habitación, pero decidió que no sería buena idea. Sabía que Heather iba a enfadarse y no tenía sentido añadir más leña al fuego.

–¡No puedes hacer eso sin decirme nada! –le espetó ella, realmente furiosa.

–Yo me marcho –Daily empezó a correr por el camino como si lo persiguieran los sabuesos del infierno.

–Yo voy a llevar a Mandy a la cocina –murmuró Clara, llevándose a la niña discretamente.

Jake esperó hasta que estuvieron solos antes de volverse hacia Heather. Si quería evitar una pelea, tenía que hacer algo cuanto antes.

–Antes de que te enfades…

–¿Antes de que me enfade?

–Deja que te explique –Jake se aclaró la garganta–. Recibí una llamada de mi abuela esta mañana. Va a venir a la carrera junto con el resto de la familia y es muy mayor, así que no puede subir escaleras. Y su ayudante tampoco.

No pensaba decirle que Emerald y su ayudante eran los septuagenarios más en forma que había conocido nunca y que sospechaba que el deseo de Emerald de alojarse en la otra casa era otra de sus tretas para controlar la situación.

–En la casa no hay ascensor y creo que lo mejor es que se alojen aquí, ¿no te parece? A su edad, una caída podría ser desastrosa.

Heather arrugó el ceño, pensativa.

–Entiendo tu preocupación, pero deberías habérmelo dicho en lugar de ponerte a hacer cosas sin consultarme siquiera. Ésta es mi casa, Jake, y yo debería tener algo que decir al respecto. No tienes derecho a mover mis cosas sin pedirme permiso.

–Cariño, recuperarás tus cosas en cuanto se haya secado la pintura. Te prometo que la única diferencia será el color de las paredes y los suelos.

–¡Pero no puedes hacer las cosas sin decirme nada!

–Sí, tienes razón, pero no podía decirte nada porque estabas en Louisville. Además, si más adelante quieres, volverá a alojarte aquí, ¿no te gustará que la casa esté recién pintada y con moqueta nueva?

Heather suspiró, irritada.

–Sí, bueno, de acuerdo. Pero seguimos sin tener habitaciones suficientes para toda tu familia.

–Para cuando lleguen habremos encontrado una solución –dijo Jake, contento porque había dejado de fulminarlo con la mirada.

–Ya, claro.

–Bueno, vamos a casa. Así podrás enseñarme el sombrero que has comprado para la carrera y explicarme por qué todas las mujeres llevan uno.

Después de cenar, Heather empezó a colocar las cajas en las que Jake había guardado sus cosas. Debería haber imaginado que encontraría la manera de obligarla a quedarse en la casa grande mientras su familia estaba de visita.

Aunque debía admitir que tenía una buena razón; no iban a obligar a dos ancianos a subir unas escaleras tan impresionantes teniendo dos habitaciones en la primera planta de la casa de empleados. Además, no se lo perdonaría a sí misma si alguno de ellos se cayera por su culpa.

–¿Qué haces aquí, cariño? –le preguntó Jake, asomando la cabeza en la habitación.

–Intentando organizarme y encontrar un sitio donde poner mis cosas hasta que tu familia se marche y Mandy y yo volvamos a la otra casa –contestó ella, sin mirarlo.

Jake entró en la habitación y se colocó a su lado.

–Te he dicho muchas veces que Mandy y tú deberíais vivir aquí, esté yo en el rancho o no.

Heather suspiró pesadamente.

–¿Tenemos que volver a hablar de eso? Esta casa no es mía y no me sentiría cómoda…

–Bueno, ya hablaremos de ello cuando llegue el momento –la interrumpió él–. Ahora mismo quiero enseñarte algo.

–¿Ahora mismo? Ésta es la única noche libre que hemos tenido en muchos días y me apetece relajarme un rato.

Esa noche no tenían que acudir a ninguna fiesta y Heather estaba deseando tumbarse en el sofá para leer un rato o darse un largo baño de espuma, pero Jake tomó su mano y la obligó a salir de la habitación.

–Hazme caso, te va a gustar.

Suspirando, Heather dejó que la llevase hacia la escalera.

–Bueno, pero date prisa. Tengo una cita con la bañera.

–Ah, qué buena idea. ¿Quieres compañía? –Jake sonrió, burlón–. Yo frotaré tu espalda si tú frotas la mía.

Imaginarse con él en una bañera llena de espuma hizo que Heather tuviese que carraspear para aclararse la garganta.

–Hablaremos más tarde… ah, espera, se me ha olvidado el monitor de la niña.

–No te preocupes por Mandy –dijo Jake–. Le he pedido a Clara que se la llevase a su habitación.

–¿Otra vez? Yo no quiero aprovecharme de Clara. La pobre ha tenido que cuidarla todos estos días…

–Clara está encantada de cuidar de Mandy, no te preocupes. Ella sabe que necesitamos relajarnos un poco y, además, el otro día me dijo que era mucho más fácil cuidar de un bebé que de un adolescente.

Heather soltó una carcajada.

–Sí, ya me imagino. ¿Pero dónde vamos?

–Ya lo verás –Jake le tapó los ojos con una mano mientras abría la puerta de la entrada.

–¿Qué haces?

–No quiero que lo veas todavía. ¿Estás lista para recibir una sorpresa?

–Supongo que sí –asintió ella. No entendía por qué estaba siendo tan misterioso.

Jake apartó la mano y Heather vio una brillante camioneta de color azul con el logo del rancho en la portezuela del conductor.

–¿Qué te parece?

–¿De quién es?

–Del rancho, pero es para que la uses tú.

–¿Por qué?

Jake abrió la portezuela.

–Tu coche es muy pequeño y cuando llevas la sillita de seguridad de Mandy no cabe nada más. Además, no es justo que uses tu propio coche para asuntos del rancho. ¿Quieres dar una vuelta?

Heather se mordió los labios. Era una camioneta preciosa y, además, así evitaría hacerle kilómetros a su viejo Ford Taurus.

–Sólo la usaré para cosas del rancho.

–Cariño, puedes usarla para lo que quieras. Me quedaré más tranquilo si llevas a Mandy en un coche nuevo y no en ese viejo cacharro que puede dejaros tiradas en cualquier sitio –Jake le entregó las llaves y dio la vuelta para colocarse en el asiento del pasajero.

Pero antes de que pudiera hacerlo, Nemo subió de un salto y se hizo un sitio en medio del asiento.

–¿Se puede saber…?

–Es que le gusta mucho viajar en coche –le explicó Heather, riendo.

Él acarició la cabezota de Nemo, suspirando.

–Bueno, entonces habrá que llevarlo a dar una vuelta. Qué remedio.

Unos minutos después, Heather se había enamorado de su nueva camioneta.

–Es maravillosa –anunció cuando volvieron a casa–. Da gusto conducirla, es genial.

–Me alegro de que te guste –dijo Jake, ayudando a Nemo a bajar y apartando los pelos del asiento–. Mañana pondremos la silla de seguridad de Mandy.

Entraron en la casa, de la mano, pero cuando Heather se dirigía a la escalera, Jake la detuvo.

–¿Dónde vas? La noche acaba de empezar.

–¿Qué quieres hacer ahora? –le preguntó ella, sonriendo.

Jake la llevó al cuarto de estar y le hizo un gesto para que se sentara en el sofá.

–Podríamos ver juntos una película. He alquilado una comedia romántica –después de encender la televisión, le pasó un brazo por los hombros–. Llevamos tantos días yendo de fiesta en fiesta que esta noche deberíamos relajarnos.

Sonriendo, Heather apoyó la cabeza en su hombro. Aquélla era su idea de una noche perfecta, pero no estaba tan segura en cuanto a Jake. Él estaba acostumbrado al frenético ritmo de vida en Los Ángeles y se preguntaba cuándo se cansaría de la novedad.

–¿En qué piensas? –le preguntó él entonces.

–¿Por qué lo preguntas?

–Porque no le estás prestando atención a la película.

–¿Cómo lo sabes?

–Acaban de hacer una broma y no te has reído. Creí que te gustaría.

–Y me gusta –dijo ella–. Pero me preguntaba cuándo empezarías a aburrirte.

Jake frunció el ceño.

–¿Por qué crees que voy a aburrirme?

Heather se encogió de hombros.

–Llevas aquí una semana y, aparte de las fiestas de la carrera, no has ido a Louisville ni una sola noche. La verdad es que pensé que ya estarías harto del rancho.

–Cariño, no he echado de menos Los Ángeles ni una sola vez desde que llegué aquí. De hecho, la idea de salir a tomar una copa en un sitio lleno de gente me horroriza.

–¿En serio? ¿No estarás enfermo? –le preguntó Heather, poniendo una mano en su frente.

Pero Jake tomó esa mano para ponerla sobre su corazón.

–Dímelo tú.

–Yo creo que estás perfectamente. De maravilla, en realidad –le confesó ella, con el pulso acelerado.

Jake tiró de su mano para sentarla sobre sus rodillas y metió la mano bajo la camiseta.

–Tú también estás de maravilla –murmuró, acariciando sus

pechos por encima del sujetador.

Heather cerró los ojos, dejándose llevar. ¿Era posible que no echase de menos su antigua vida? ¿O volvería a ser el de siempre en cuanto apareciese la primera oportunidad?

Jake buscó sus labios y Heather decidió dejar de especular. No quería pensar en el mañana. Por el momento estaba entre sus brazos y eso era lo único importante.

–Vamos arriba, cariño –murmuró él unos segundos después–. Creo que eso de la bañera es una idea estupenda.

Heather le echó los brazos al cuello.

–Pensé que era yo quien decidía esta noche.

–¿No querías darte un baño de espuma? Ya te he dicho que me parecía muy buena idea.

–Muy bien, de acuerdo.

Sin pensarlo dos veces, Heather tomó su mano para subir a la habitación. Pero cuando entraron, Jake la empujó suavemente hacia uno de los sillones.

–Quédate ahí –le dijo antes de desaparecer en el cuarto de baño. Volvió unos minutos después y, sonriendo, se inclinó para darle un beso en la nariz–. Ven conmigo, cariño. Tengo otra sorpresa para ti.

Cuando entró en el cuarto de baño, Heather no podía creer lo que veía. Jake no sólo había llenado la bañera de espuma, sino que había velitas encendidas por todas partes.

–¿De dónde has sacado las velas?

–Las compré el otro día, pensando que tal vez algún día…

Ella le echó los brazos al cuello.

–Es perfecto. Gracias.

–A ver si un baño de espuma es tan relajante como dicen.

Se quitaron la ropa el uno al otro haciendo turnos, riendo, hasta que Jake se metió en la bañera y la colocó entre sus piernas.

–Ah, me gusta mucho –murmuró, abrazándola.

–A mí también –Heather cerró los ojos–. El agua está a la temperatura perfecta.

La risa de Jake, ronca y masculina, hizo que sintiera un escalofrío.

–Yo no estaba hablando de la temperatura del agua, cariño. Pero esta noche es toda tuya. Voy a hacerte el amor hasta que no te quede la menor duda de cuánto te deseo.

El sonido de su voz prometiéndole una noche de pasión y el roce de su miembro erguido en la espalda eran tan maravillosos que Heather pensó que no quería salir nunca de allí. Que no querría estar en ningún otro sitio…

Y entonces fue cuando se dio cuenta.

Se había dicho a sí misma que no estaba pasando, que no era verdad, pero se había enamorado locamente de Jake.

Eso debería asustarla porque sabía que podría volver a hacerle daño, pero él no le dio oportunidad de asustarse. Sus manos estaban por todas partes, moviéndose con precisión, robándole la capacidad de pensar…

Jake las deslizó por su vientre para acariciar el triángulo entre sus piernas, haciéndola temblar, y después la abrió suavemente con los dedos para acariciar el diminuto capullo escondido entre los rizos. La intensidad de la sensación era algo que no había experimentado nunca y Heather tuvo que cerrar los ojos.

–Jake, por favor…

–¿Qué ocurre?

–Tú… –murmuró ella, volviendo la cabeza para mirarlo–. Hazme el amor, Jake.

–Date la vuelta, cielo.

Cuando se colocó sobre él, con una pierna a cada lado, Jake la levantó por la cintura hasta colocarla donde quería y, sin esperar más, entró en ella. La sensación del duro miembro en su interior y el ansia que oscurecía los ojos azules dejó a Heather sin aliento.

Lo vio cerrar los ojos mientras intentaba controlarse y se dio cuenta de que su deseo era tan poderoso como el de ella. Sin dudar un momento, Heather le echó los brazos al cuello y empezó a moverse al mismo ritmo mientras Jake sujetaba sus caderas.

Sintiéndose más querida que en toda su vida, se mordió los labios para no llorar por la intensidad de las emociones. Amaba a Jake con todo su corazón, con toda su alma.

Saber eso aumentaba el placer del encuentro y el deseo de llegar al final. Y Jake debió notarlo porque empezó a moverse más rápido, más fuerte, enviándola por fin al abismo. Apretándose contra su pecho y dejándose llevar por las olas de placer, casi inmediatamente notó que él se ponía tenso mientras se dejaba ir por fin; sus espasmos sacudiéndolos a los dos.

Cuando poco a poco volvieron a la realidad, el corazón de Jake latía con tal fuerza que temía que saltara de su pecho.

–Maldita sea.

–¿Qué ocurre? –preguntó ella, sorprendida.

Jake se apartó, suspirando.

–Te deseaba tanto que… se nos ha olvidado usar un preservativo.

Heather sonrió.

–Ah, eso.

¿Por qué se lo tomaba a broma? Ya tenían una hija que no habían planeado y, aunque adoraba a Mandy, tener otro hijo sólo serviría para complicar la situación.

–Vamos a la habitación –murmuró, preguntándose si había perdido la cabeza.

Una vez fuera de la bañera la ayudó a secarse vigorosamente con una toalla.

Él no quería dejarla embarazada de nuevo. Demonios, ni siquiera sabía si sería un buen padre para Mandy.

Jake sacudió la cabeza, intentando aclarar sus pensamientos. Ni una sola vez en su vida había olvidado usar preservativo. Incluso cuando era un adolescente era consciente de las consecuencias de un embarazo no planeado.

–¿No me estás escuchando?

–¿Eh?

Estaba tan distraído que no se había dado cuenta de que Heather intentaba decirle algo.

–Vamos al dormitorio, cariño. Tenemos que hablar.

–Pero estoy intentando decirte…

–No hasta que yo te haya dicho lo que tengo que decir –la interrumpió él, poniendo un dedo sobre sus labios.

–Muy bien, de acuerdo.

Una vez en el dormitorio, los dos envueltos en sendos albornoces, Jake empezó a pasear de un lado a otro.

–No hay excusa para lo que ha pasado, pero quiero que sepas que, si te has quedado embarazada por mi culpa, no estarás sola –le dijo, poniéndose de rodillas frente a ella y tomando sus manos–. Te doy mi palabra de que yo estaré a tu lado.

–¿Has terminado?

Jake no podía creer que estuviera tan tranquila. ¿Quería volver a quedar embarazada?

–Sí, creo que he dicho todo lo que tenía que decir.

–Pues ya puedes dejar de preocuparte porque no voy a quedar embarazada –dijo Heather entonces–. Tras el nacimiento de Mandy tenía una regla muy irregular y mi ginecólogo decidió recetarme la píldora. No sé si sabes que, además de prevenir embarazos, también regula el período.

En lugar del alivio que debería haber sentido, Jake se llevó una desilusión.

¿Por qué? ¿Quería que Heather volviera a quedar embarazada? ¿Había perdido la cabeza?

No, claro que no, era absurdo. Y, sin embargo, no podía quitarse de encima esa extraña desilusión…

–¿Por qué no me lo habías dicho?

–Porque no ha salido el tema. Además, en realidad no es asunto tuyo.

Tenía razón, por supuesto. Pero lo que no podía entender era por qué quería que lo fuera.

–No te habrías angustiado tanto si me hubieras dejado explicártelo antes. Pero creo que vas a tener que esforzarte un poco en eso de escuchar a los demás, Jake Garnier.

Dos horas más tarde, después de hacer el amor una vez más, Jake la abrazaba mientras dormía, pensativo. Dos semanas antes había sido un hombre soltero sin una sola preocupación en el mundo. Lo único que tenía en mente era visitar el rancho que le había regalado Emerald, acudir a la famosa carrera Southern Oaks Classic y volver a Los Ángeles.

Pero todo eso había cambiado al ver a Heather, la única mujer con la que lamentaba no haber vuelto a ponerse en contacto. Y al descubrir que, además, tenía una hija.

¿Por qué de repente quería las cosas de las que había huido durante toda su vida adulta?

Jake apoyó la cara en su pelo, suspirando e intentando relajarse. Se daba cuenta de que estaba caminando por una línea muy fina. Y una vez que hubiera cruzado al otro lado no habría vuelta atrás.

–¿Cómo está mi angelito? –murmuró Heather, sacando a Mandy

de la cuna que Jake se había empeñado en comprar–. ¿Has dormido bien, corazón?

La sonrisa feliz de su hija mientras le cambiaba el pañal reveló una marquita blanca en la encía inferior.

–¡Mira, te están saliendo los dientes! –después de besar la carita de su hija, Heather salió del dormitorio con ella en brazos–. Vamos a buscar a papá para enseñárselo. Estaba preocupado porque no te salían.

Poco después de despertar sola en la cama de Jake esa mañana descubrió que había puesto la cuna de Mandy en la habitación que ella había usado hasta entonces. Según él, de ese modo habría habitaciones suficientes para toda su familia, que llegaría aquel mismo día…

O habían llegado ya porque oía voces en el cuarto de estar. Cuando entró, varias personas hacían turnos para abrazar a Jake.

–Heather, quiero presentarte a todo el clan –dijo él al verla en la puerta–. Os presento a mi hija, Mandy, y a su mamá, Heather.

–Por favor, deja que la tome en brazos –le rogó una joven morena que se parecía mucho a Jake. Debía de ser su hermana, Arielle–. Es adorable. Y se parece a ti, hermanito.

Mientras todos se volvían locos con la niña, Heather experimentó una sensación agridulce al notar el orgullo en la voz de Jake. Desearía que la quisiera la mitad de lo que quería a Mandy…

Pero era absurdo pensar esas cosas.

Cuando terminaron las presentaciones no pudo dejar de notar cuánto se parecían Jake y sus hermanastros. Todos eran altos, de aspecto atlético y de rasgos muy semejantes. Incluso compartían algunos gestos. Hunter O'Banyon, por ejemplo, tenía la costumbre de pasarse una mano por el cuello, como hacía Jake.

–¿Dónde está tu hermano gemelo? –le preguntó Heather.

–Haley tenía que ir al ginecólogo esta mañana –contestó Jake–. Pero Luke me ha dicho que nos veremos en Churchill Downs mañana, antes de la carrera.

–Heather, me han dicho que tú eres la entrenadora del caballo ganador –intervino Nick Daniels–. Jake nos ha contado que lo has criado desde que era un potrillo.

–Así es –respondió ella–. En realidad, también fui yo la que eligió a sus padres. Y lo ayudé a nacer, así que lo conozco muy bien.

–No la dejes escapar, Jake –le aconsejó Nick, pasando un brazo por los hombros de su mujer, Cheyenne–. Uno no puede equivocarse con una mujer que sabe de caballos, te lo digo yo.

–Te haré caso –rió él.

–Heather, ¿tienes tiempo para ir de compras con nosotras? –le preguntó la mujer de Caleb Walker, Alyssa–. Me han dicho que es una tradición que todas las mujeres lleven sombrero a la carrera.

–Así es. Yo ya tengo el mío, pero estaré encantada de acompañaros a Louisville si queréis comprar uno.

Callie O'Banyon suspiró.

–Ir de compras sin los niños suena de maravilla.

–Por cierto, ¿dónde están los niños? –preguntó Jake.

–Hemos decidido dejarlos en casa para estar un par de días solos –contestó Caleb.

–Si todo el mundo está de acuerdo en ir de compras. podríamos ir después de que me eche una siestecita –sugirió Arielle, intentando disimular un bostezo–. ¿Te importa decirme dónde está mi habitación, Jake?

–Yo te acompañaré –se ofreció Heather.

Una vez arriba, Arielle insistió en que entrase un momento.

–¿Necesitas algo?

–No, pero me gustaría hablar contigo.

A Heather le habían caído bien todos los hermanos de Jake y sus esposas, pero aquella chica tenía algo que le hacía pensar que podrían ser buenas amigas.

–Ah, muy bien.

Arielle sonrió mientras se dejaba caer sobre la cama.

–Sólo quería decirte que estoy muy contenta de que alguien haya logrado domesticar a Jake por fin. No te imaginas cuánto me alegro por los dos.

Heather arrugó el ceño.

–Me parece que lo has entendido mal. Jake y yo sólo…

–No me digas que sólo sois amigos o me llevaré una desilusión –la interrumpió Arielle–. He visto cómo te mira mi hermano y en esa mirada hay mucho más que amistad.

Heather no sabía qué decir. No iba a mentirle, desde luego. Pero no estaba segura de que entre Jake y ella hubiera algo más que una fuerte atracción física.

–Es… en fin, es complicado –dijo por fin.

Y era la verdad. Hubiera lo que hubiera entre ellos iban a tardar algún tiempo en solucionarlo. Aún no habían hablado de la custodia de Mandy o cómo tenían pensado educarla viviendo tan lejos el uno del otro…

Jake había mencionado de pasada que tenía intención de dejarle a la niña cuando volviera a Los Ángeles, pero eso no significaba que el asunto de la custodia hubiese quedado aclarado del todo.

Arielle tomó su mano entonces.

–Tú le quieres, ¿verdad?

Heather no vaciló antes de responder:

–Sí.

–Puede que Jake aún no se haya dado cuenta, pero también está enamorado de ti.

–¿Por qué dices eso?

–Porque conozco a mi hermano y nunca lo había visto así. No puede dejar de mirarte.

–Bueno, aquí no hay mucho más que mirar –intentó bromear Heather–. Aparte del ama de llaves, que tiene sesenta años, yo soy la única mujer en Hickory Hills.

Arielle soltó una carcajada.

–¿Cuántas veces ha salido Jake desde que llegó aquí?

–Aparte de los bailes y las fiestas a las que nos hemos visto obligados a acudir por la carrera, la verdad es que nunca ha ido a Louisville.

–¿Lo ves? Por eso lo digo –Arielle tuvo que disimular otro bostezo–. Yo conozco bien a mi hermano y, si no sintiera algo por ti, habría salido todas las noches.

–Ojalá fuese verdad, pero…

–Es verdad, estoy segura. Bueno, ¿por qué no bajas al salón y charlas con los demás mientras yo duermo un rato? Desde que me quedé embarazada tengo un sueño horrible todo el tiempo. Si no duermo una hora por las tardes, no soy capaz de moverme. Y cuando me despierte iremos a comprar un sombrero carísimo que seguramente no volveré a ponerme nunca.

Heather la ayudó a tumbarse en la cama y después salió de la habitación. Daría cualquier cosa para que estuviese en lo cierto, pero no podía creer que Jake hubiera cambiado de verdad.

Antes de ir a Kentucky era un solterón empedernido, sin hijos ni responsabilidades. Y cuando volviera a Los Ángeles, con sus amigos de siempre, tal vez se daría cuenta de que había echado de menos ese tipo de vida y no querría volver a saber nada de ella.

Capítulo 8

–Heather, quiero presentarte a mi abuela paterna, Emerald Larson –dijo Jake, preguntándose cómo se tomaría la noticia de que su abuela era una de las mujeres más ricas del mundo.

Lo único que Emerald había respetado era el derecho de sus nietos a la intimidad. Les había dejado a ellos la decisión de revelarle a los demás su relación y, como si se hubieran puesto de acuerdo aunque no era así, los seis habían sido muy discretos al respecto.

Heather puso cara de sorpresa, como había imaginado, mientras estrechaba la mano de Emerald.

–Encantada de conocerla, señora Larson.

–Veo que Jake ha hecho lo mismo que el resto de mis nietos –dijo la mujer, con una sonrisa en los labios–. No te preocupes, querida, los demás tampoco revelaron mi identidad hasta que se vieron obligados a hacerlo.

–Si me perdona, iba de camino a los establos del hipódromo para ver si Tony lo tiene todo controlado –se disculpó Heather.

–Claro que sí. Haz lo que tengas que hacer.

Cuando pasaba a su lado, Jake la tomó del brazo.

–¿Volverás a tiempo para la carrera?

–Por supuesto. No me la perdería por nada del mundo.

–¿Dónde está tu ayudante, Emerald? –le preguntó Jake mientras veía a Heather perderse entre la multitud que llenaba el hipódromo de Churchill Downs.

Como Emerald Larson no iba a ningún sitio sin su distinguido caballero, sabía que Luke no podía andar muy lejos. Sólo esperaba no tener que buscarlo entre la multitud. Churchill Downs había triplicado su población para la carrera y sería imposible encontrarlo.

–Luther ha ido a apostar una pequeña cantidad de dinero por tu caballo –contestó ella mientras se dejaba caer en el asiento de la tribuna reservada para la familia.

A menos que hubiera cambiado de repente, Emerald nunca hacía nada a pequeña escala, de modo que seguramente habría apostado una pequeña fortuna por Stormy Dancer. Pero podía permitírselo. Incluso podría comprar el hipódromo y todos los caballos que participaban en la carrera sin que su cuenta corriente lo notase.

–Hay un ambiente tan alegre, ¿verdad? –exclamó ella, contenta–. Y me encanta que todas las mujeres lleven sombreros tan bonitos –añadió, tocando el ala del suyo–. Creo que es una pena que no se usen más a menudo. Cuando era joven todas las mujeres llevaban sombrero.

Jake no podía prestar atención a lo que decía porque estaba muy ocupado buscando a Luke Freemont con la mirada. Y cuando por fin lo encontró dejó escapar un suspiro de alivio. El hombre se abría paso entre la gente con un julepe de menta en cada mano y un billete de apuestas asomando por el bolsillo de la chaqueta.

–Señor Garnier –lo saludó, mientras le daba su copa a Emerald–. Su julepe, señora Larson.

–Gracias, Luther –Emerald tocó un asiento al lado del suyo y el hombre se sentó de inmediato–. Me alegro mucho que estemos frente a la meta, así podremos ver ganar al caballo de Jake.

Cuando anunciaron por megafonía que comenzaba la carrera sus hermanos subieron a la tribuna y ocuparon sus asientos. Jake miró su reloj. ¿Dónde demonios estaba Heather? Ya debería haber vuelto.

Cuando los caballos empezaron a hacer su paseo de exhibición frente al palco la vio llegar corriendo.

–¿Todo bien? –le preguntó.

–Sí, sí… bueno, Dancer está más nervioso que de costumbre –Heather se sentó a su lado, suspirando–. Los purasangres son nerviosos por naturaleza y supongo que intuye que ésta es la carrera de su vida.

–¿Cuál es Stormy Dancer? –preguntó Caleb, tras ellos.

–Ése es Dancer –respondió Heather, señalando al animal–. Miguel, nuestro jockey, lleva una camisa de seda roja y azul con una banda blanca en el pecho. Buscad los colores de la camisa y podréis seguirlo durante la carrera. Si miráis al caballo, os perderéis porque todos se parecen mucho.

–Ah, gracias –Caleb sonrió mientras sacaba los prismáticos de su funda.

–Hay muchas cosas que recordar en este negocio –dijo Luke, riendo.

–Dímelo a mí –suspiró Jake–. Menos mal que yo tengo a Heather. No sé cuántas preguntas ha tenido que contestar sobre Dancer y su entrenamiento. Y menos mal que está ella porque yo no tengo ni idea.

Luke lo miró, pensativo.

–¿Cuándo es la boda?

–¿Cuántos julepes de menta has tomado? –irritado, Jake sacudió la cabeza–. Yo que tú dejaría el alcohol hasta la noche.

Su hermano soltó una carcajada.

–Sigues cerrando los ojos a la realidad, ¿eh?

Antes de que pudiera decirle que se metiera en sus asuntos, los caballos empezaron a ser colocados en sus respectivos boxes y todos los espectadores se levantaron de sus asientos. En cuanto el último de los caballos fue guiado hasta su sitio, las puertas se abrieron de golpe y por los megáfonos se escuchó: «Comienza la carrera».

Los gritos de la gente hacían imposible que se oyera nada más y, cuando los caballos pasaron por delante de la tribuna, Heather apretó su mano con tal fuerza que Jake tuvo que disimular una mueca de dolor. Pero casi no se dio cuenta porque estaba demasiado distraído mirándola. Con las mejillas rojas de emoción estaba más guapa que nunca.

Se dio cuenta entonces de que había subestimado la importancia de aquella carrera para Heather. Al fin y al cabo, ella era la persona que entrenaba a uno de los mejores purasangres del mundo, la responsable de que Dancer ganara o perdiese. Ella misma había elegido a sus padres y se había encargado de criarlo y entrenarlo, de modo que aquella carrera era la culminación de todos sus esfuerzos.

Jake vio entonces que el caballo del jeque iba en cabeza, como Heather le había dicho que ocurriría. Tomando los prismáticos, buscó a Dancer y lo encontró en el centro del pelotón de cabeza. Pero cuando estaban terminando la primera vuelta se apartó del pelotón para colocarse el primero y, como Heather había predicho, el caballo del jeque se quedó atrás. Cuando llegó a la meta, Dancer les sacaba a los demás cinco o seis cuerpos.

–¡Hemos ganado!

Con suficiente adrenalina en sus venas como para levantar un

tren de mercancías, Jake abrazó a Heather y la besó como un soldado que volviera de la guerra. Sabía que esa emoción no tenía nada que ver con que Dancer hubiera ganado la carrera y sí con el alivio de que Heather no se hubiera llevado una desilusión después de tanto esfuerzo.

–Tenemos que bajar –dijo ella–. Después de pesar a Miguel con la silla tendrás que hablar con los periodistas y recoger la Copa.

Jake sacudió la cabeza.

–Iremos juntos, cariño. Puede que yo sea el propietario de Dancer en los papeles, pero tú eres la responsable de que haya ganado.

Con los ojos empañados, Heather se puso de puntillas para darle un beso.

–Gracias, Jake. Eso significa mucho para mí.

Después de posar para multitud de fotografías y ayudar a Jake durante las entrevistas, Heather llamó a Clara para comprobar que Mandy estaba bien. Luego, después de ordenar a Tony que le diese un premio a Dancer, sus manzanas favoritas, volvió con Jake y su familia para ir al hotel donde tendría lugar la recepción.

Cuando todos tenían una copa de champán en la mano, Jake se levantó para brindar:

–Por Heather, por su instinto como entrenadora y su experiencia. Hoy ha sido la culminación de muchos años de trabajo y la realización de un sueño. Que éste sea el primero de muchos premios para Dancer y para ti.

Todo el mundo brindó por ello y Jake volvió a sentarse a su lado.

–Gracias –dijo Heather. Que reconociera su trabajo delante de su familia significaba mucho para ella.

–Tú mereces todo el crédito y todas las felicitaciones, cariño –Jake apretó su mano bajo la mesa–. Y no sabes cuánto me alegro por ti.

Mientras cenaban, charlaron sobre la carrera, sobre el rancho y sobre los hermanos de Jake. Heather se alegraba de que, a pesar de su poco convencional relación, todos pareciesen mostrarse tan contentos.

–¿Qué piensas hacer ahora, Jake? –le preguntó Hunter–.

¿Alguna otra carrera importante en el horizonte?

–Eso se lo dejo a Heather, que es la experta –respondió él–. Pero he llamado a una inmobiliaria esta mañana para que ponga en venta mi casa y busque otra en la playa de Malibú.

Cuando terminaron de cenar se levantaron para unirse a los demás y Heather no tuvo tiempo de pensar en lo que Jake había dicho porque todo el mundo quería darle la enhorabuena. Frente a la barra había muchos famosos, todos ellos conocidos por ir de fiesta en fiesta… y no podía dejar de preguntarse si serían amigos de Jake.

Cuando la orquesta empezó a tocar la misma canción que habían bailado en una de las fiestas, Jake se volvió hacia ella.

–Creo que es nuestra canción –le dijo, tomando su mano para llevarla a la pista de baile–. ¿Estás contenta, cariño?

–Mucho –respondió ella–. ¿Y tú?

–Vamos a ver… nuestro caballo ha ganado el famoso Sherman Oaks Classic, mi familia ha venido para verlo, tengo una hija preciosa a la que le está saliendo un diente y a quien le encanta tirarme comida a la cara. Y te tengo a ti entre mis brazos –Jake buscó sus labios en un beso lento, tierno–. ¿Qué más podría pedir un hombre?

Heather quería creer que eso sería suficiente para él. Desgraciadamente, sabía que no lo era. Que hubiera empezado a buscar una casa en Malibú, donde seguramente muchos de sus amigos tendrían propiedades, significaba que no estaba pensando dejar atrás su antigua vida.

La canción terminó, pero la orquesta empezó a tocar otra que también habían bailado. Y Heather lo miró, sorprendida.

–Tú les has pedido que tocasen esas canciones, ¿verdad?

La sonrisa de Jake calentó su corazón a pesar de sus aprensiones.

–Siempre me recordarán a ti y una noche muy especial –Jake la besó en la frente–. Eres tan preciosa y te deseo tanto…

–Yo también, pero…

–Lo sé, no tienes que decirlo –Jake sacudió la cabeza–. ¿Crees que podría alquilar un jet para que se lleve a mi familia de vuelta a casa ahora mismo?

–No, no creo que fuese buena idea.

–Pues yo sí.

Cuando la canción terminó Heather tuvo la respuesta a la pregunta de si los famosos serían amigos de Jake porque un hombre alto de pelo oscuro, conocido por ser uno de los «chicos malos» de Hollywood, se acercó a ellos.

–Jake Garnier, me han dicho que tú eres el propietario del caballo que ha ganado hoy.

–Hola, Cameron.

–Esperaba que pasaras por aquí –el hombre sonrió, mostrando unos dientes perfectos–. Ahora sé que ésta será una fiesta estupenda.

–¿Qué haces en Kentucky? –le preguntó Jake, estrechando su mano.

–Una actriz con la que trabajé en mi última película es la propietaria de uno de los caballos. Ella me ha arrastrado hasta aquí –el guiño conspirador que le hizo a Jake molestó a Heather–. Ya me conoces, siempre buscando nuevos retos.

–Ya, claro.

–Pero, bueno, ¿a quién tenemos aquí? –preguntó Cameron entonces, mirando a Heather.

Y ella notó que Jake apretaba con más fuerza su cintura.

–Heather McGwire, te presento al infame Cameron Strombeck.

–¡Jake! –lo llamó entonces una altísima y guapísima pelirroja–. Enhorabuena. Estaba segura de que te encontraría aquí. Guárdame un baile, cariño.

Mientras los famosos se acercaban para saludarlo, Heather empezó a sentirse terriblemente incómoda. Por lo visto, en lugar de volver a Los Ángeles para retomar su estilo de vida, su estilo de vida había ido a buscarlo a Kentucky.

–Voy a charlar un rato con tus hermanos –murmuró, apartándose antes de que pudiese detenerla.

–Pero…

–Luego te veo –Heather le hizo un gesto con la mano y se acercó a la mesa frente a la que estaban sentadas Arielle y sus cuñadas–. Hola, chicas. ¿Os molesta que me siente un rato con vosotras?

–¿Molestarnos? –exclamó Callie O'Banyon–. No, por favor, estamos encantadas.

–Os he visto bailando y Jake y tú hacéis muy buena pareja –dijo

Arielle–. Enhorabuena, me alegro mucho por ti.

–Gracias. La verdad es que ha sido una carrera muy emocionante.

Sabía que no era a eso a lo que se refería, pero resultaba más fácil cambiar de conversación que aceptar felicitaciones por algo que no iba a pasar.

Heather miró hacia Jake varias veces y cada vez se le rompía el corazón un poco más. Parecía estar pasándolo de maravilla con sus amigos de Hollywood. En aquel momento estaba bailando con la pelirroja y no parecía importarle en absoluto que ella estuviera prácticamente pegada a su torso.

–Espero que no os importe, pero me voy a casa. No he visto a mi hija en todo el día.

–Heather, espera –dijo Arielle, tomándola del brazo.

–Es que estoy cansadísima, de verdad. La emoción de la carrera y todo lo demás –insistió ella.

Tenía que salir de allí antes de ponerse a llorar delante de todo el mundo.

Había hecho aquello que se había prometido a sí misma no hacer: había empezado a creer que Jake podría ser feliz en el rancho, con Mandy y con ella. Pero pronto se marcharía de Hickory Hills para volver a Los Ángeles y cuanto antes lo aceptase mejor para todos.

Cuando salió del hotel encontró a la señora Larson y a su ayudante esperando en la acera.

–¿Qué ocurre, Heather?

–Nada –contestó ella, intentando sonreír–. Es que ha sido un día muy largo y estoy agotada. Tengo que volver a Hickory Hills antes de que me desmaye.

–¿Quieres venir con nosotros en la limusina? Es muy tarde y quiero dormir algo antes de volver a Wichita mañana.

–Se lo agradecería mucho. Había pensado tomar un taxi, pero…

–No es necesario, nosotros vamos al mismo sitio –dijo Emerald.

Mientras volvían al rancho Heather iba pensativa. No podía seguir trabajando para Jake después de haberlo visto con la pelirroja, de modo que por la mañana presentaría su renuncia y buscaría empleo en otro rancho.

–Apártate, Lila, por favor –Jake empujó suavemente a la pelirroja para quitársela de encima. No quería saber nada de ella, pero sobre todo no quería que Heather se hiciera una idea equivocada.

–Pensé que te apetecía recordar viejos tiempos –dijo ella, haciendo uno de esos pucheros que llevaba años ensayando para atraer a los hombres.

Pero no podía recordar cuándo la había encontrado atractiva.

–Estoy con otra persona. Además, no sé si te acuerdas, pero ese barco zarpó hace mucho tiempo, Lila. Creo que salimos juntos un total de tres veces.

–Y lo pasamos bien.

–Exactamente, lo pasamos bien. Nada más.

El puchero de Lila se convirtió entonces en un gesto de rabia.

–No sabes lo que te estás perdiendo.

–Sí, me parece que sí –Jake iba a alejarse, pero se dio la vuelta–. Y no te preocupes, seguro que encontrarás a alguien con quien pasar un buen rato. Que te vaya bien, Lila.

Cuando miró hacia la mesa donde estaban Arielle y las demás chicas dejó escapar un suspiro de alivio. Al menos Heather no había visto nada.

–Hola, Jake. ¿Te apetece que vayamos a tomar una copa en algún sitio? –le preguntó Cameron, tomándolo del brazo–. Esta gente es muy aburrida y nos apetece un bar con un poco de acción.

Jake lo miró, preguntándose cómo podía haberlo considerado nunca un amigo. Cameron era un tipo frívolo e insustancial que sólo buscaba pasarlo bien y no quería nada más de la vida. Su desdén por la gente de Louisville, por gente como Heather, lo sacaba de quicio.

–No, yo estoy bien aquí. Pero tal vez deberías charlar un rato con Lila Dixon. Creo que también está buscando emociones fuertes.

–¿Ah, sí? Eso podría ser interesante. Nos veremos en Los Ángeles entonces –se despidió Cameron–. Llámame cuando llegues.

–Espera sentado –murmuró Jake mientras se acercaba a la mesa de Arielle, que lo miraba como si quisiera matarlo–. ¿Qué ocurre?

–Siéntate.

–¿Dónde está Heather?

–¡He dicho que te sientes!

Jake la miró, perplejo. Nunca la había visto tan enfadada.

–¿Dónde está Heather? –repitió, mirando alrededor. Vio a sus hermanos bailando con sus respectivas esposas en la pista de baile y a Zach, su cuñado, en la barra del bar, pero Heather no parecía estar por ninguna parte.

–Se ha ido –dijo Arielle–. Y no me extraña. ¿Cómo has podido hacerle eso, Jake?

–¿De qué estás hablando? Yo no he hecho nada –se defendió él.

Pero cuando iba a levantarse, Arielle lo sujetó del brazo.

–Quédate donde estás, tengo que preguntarte una cosa.

–Pues vas a tener que esperar un momento. Tengo que encontrar a Heather.

–Luke y tú me habéis obligado a escucharos mil veces desde que era una cría y ahora tú vas a escucharme a mí –insistió Arielle.

Jake nunca había visto a su hermana tan decidida.

–Pregúntamelo rápido, tengo que irme –le dijo, impaciente–. He de encontrar a Heather y descubrir por qué se ha ido sin decirme nada.

Ella dejó escapar un suspiro.

–Es muy importante para ti, ¿verdad?

–Sí.

–Estás enamorado, ¿verdad?

–Yo no iría tan lejos –dijo Jake. Sabía que sentía algo por Heather, pero no se encontraba cómodo con la palabra «amor».

–Oh, Jake… –Arielle puso una mano en su brazo–. Te da miedo, ¿a que sí?

–Eso es ridículo. ¿De qué iba a tener miedo?

–De perder a Heather, por ejemplo. ¿No te da miedo eso?

De repente, Jake sintió una opresión en el pecho al pensar que no volvería a verla, a besarla, a tocarla.

–Tú no lo entiendes…

–Pues claro que lo entiendo. Pero eso es exactamente lo que va a pasar si no aprovechas la oportunidad. No sé por qué lo haces, pero tienes que soltar ese lastre de una vez.

Jake supo entonces que su hermana menor tenía razón. Había evitado comprometerse por miedo a ser un irresponsable como su padre, pero él no era como Owen Larson y nunca lo sería.

Ninguna otra mujer despertaba en él la pasión que despertaba

Heather. Ninguna otra había hecho nacer en él sentimientos tan profundos. Y nunca había conocido a nadie que lo hiciera desear ser mejor persona.

Respirando profundamente, Jake se levantó por fin y le dio un beso en la mejilla.

–Para ser la más pequeña eres muy lista.

–¿Qué ocurre? –preguntó Zach, acercándose a la mesa.

–Tengo que encontrar a Heather y darle una explicación –contestó Jake.

–Pues antes deberías pasar por una tienda de artículos de deporte para comprarte unas rodilleras, amigo –replicó su cuñado, riendo–. Si Heather se parece a Arielle, vas a necesitarlas cuando le pidas perdón de rodillas.

Después de preguntarle a Clara si podía cuidar de Mandy durante el resto de la noche, Heather a duras penas consiguió llegar a la habitación y cerrar la puerta antes de que las lágrimas que había estado conteniendo durante el viaje hasta el rancho empezaran a rodar por sus mejillas.

¿Cómo había podido convencerse a sí misma de que Jake no era el hombre al que había conocido poco más de un año antes?

¿Cómo podía haber sido tan tonta?

Dejándose caer sobre la cama, se abrazó a una de las almohadas, angustiada. Debería haber sabido que no iba a cambiar. Jake era Jake. No podía ser alguien que no era, no podía ser el hombre que ella quería que fuese.

Verlo con sus amigos en el hotel y saber de sus planes de comprar una casa en Malibú era la prueba que necesitaba para entender que su hija y ella no eran suficiente para él.

No sabía cuánto tiempo había estado llorando sobre la almohada, pero cuando por fin pudo reunir los pedazos rotos de su corazón se levantó de la cama, decidida. Tenía muchas cosas que hacer antes de enfrentarse con Jake por la mañana.

De modo que fue al cuarto de baño a lavarse la cara y luego se quitó el vestido para ponerse una camiseta y un pantalón vaquero. Tenía que hacer las maletas y escribir su carta de renuncia.

Pero cuando estaba abriendo los cajones de la cómoda, el frenazo de un coche en la entrada la sobresaltó. Casi

inmediatamente oyó pasos por la escalera… y un segundo después se abría la puerta de la habitación.

–¡Jake!

–Heather, cariño, tenemos que hablar.

Capítulo 9

–Yo no tengo que hacer nada –anunció Heather, viendo cómo Jake dejaba escapar un suspiro de frustración.

–¿Te importa venir conmigo un momento al estudio? Tengo que decirte algo.

–¿Dónde están tus amigos? –le preguntó ella mientras bajaban lentamente la escalera.

–No tengo ni idea y me importa un bledo –respondió Jake.

–Pensé que estarías celebrándolo con ellos –dijo Heather, sin mirarlo.

–Ésa es una de las cosas de las que tenemos que hablar.

Cuando llegaron abajo tomó su mano, pero ella se apartó de un tirón y, suspirando, Jake la miró un momento antes de señalar hacia el estudio.

–Por favor, ven conmigo.

–La verdad es que ahora mismo no me apetece hablar.

¿Creía que decirle que nunca abandonaría a Mandy era suficiente? Porque ya se lo había dicho muchas veces, pero eso no cambiaba nada.

Heather se acercó a la chimenea y pasó los dedos por una fotografía enmarcada de Jake con Mandy que Daily había tomado unos días antes. Como en la fotografía, ella nunca sería parte de su vida y pensar eso hizo que sintiera una opresión en el pecho.

Y cuando Jake puso una mano sobre su hombro, Heather dio un paso atrás.

–No, por favor.

–Cariño, tienes que escucharme.

–No tienes que inventar excusas o explicarme nada –dijo ella, sorprendida de que su voz sonara firme a pesar de la angustia que sentía–. Eres un adulto y puedes hacer lo que te parezca…

–Pero voy a decírtelo de todas formas –la interrumpió él–. Por favor, deja de discutir y escúchame un momento.

Suspirando pesadamente, Heather se dejó caer en uno de los

sillones.

–Bueno, vamos a terminar con esto de una vez. Tengo cosas que hacer.

Jake la miró en silencio durante unos segundos.

–¿Qué tienes que hacer a estas horas?

–Las maletas.

–¿Por qué? ¿Vas a algún sitio?

–Supongo que éste es tan buen momento como cualquiera para decírtelo: me marcho, Jake. Quiero dejar el rancho –Heather tuvo que hacer una pausa antes de poder seguir–. Tendrás que buscar a otra persona que dirija Hickory Hills.

Él arrugó el ceño, sorprendido.

–No puedes hacerme eso.

–¿Cómo que no? –Heather intentó levantarse del sillón, pero Jake la sujetó del brazo.

–Espera, por favor. No voy a dejar que dejes tu trabajo y no voy a dejar que te marches.

–No puedes detenerme…

–¡Maldita sea, Hickory Hills es tu casa! Éste es tu hogar y el de Mandy.

–¡No, ya no lo es! –replicó ella. Era mucho más fácil dar rienda suelta a su enfado que dejarse llevar por la tristeza–. Tú volverás pronto a tu vida en Los Ángeles y yo me quedaré aquí, en Kentucky. ¿De verdad crees que quiero estar en el rancho cuando vengas con una mujer? ¿O que espere tu regreso para ser una diversión mientras estás aquí?

Jake sacudió la cabeza, cerrando los ojos como intentando reunir paciencia.

–Eso no va a pasar.

Y cuando los abrió había un brillo decidido en esos ojos de color cobalto.

–Si te hubieras quedado en la fiesta, habrías visto que declinaba una invitación de Cameron para ir de copas.

–¿Por qué? ¿Ya no te gusta salir con tus amigos?

–Esa gente no sabe lo que es un amigo, Heather. Son demasiado egocéntricos, demasiado superficiales –Jake se sentó frente a ella en otro sillón–. Seguramente no lo vas a creer, pero llevo algún tiempo cansado de ir de fiesta. Lo que pasa es que no me había dado cuenta

hasta ahora.

–Es muy difícil de creer –admitió Heather, intentando contener una pequeña burbuja de ilusión.

Jake se inclinó hacia delante para tomar su mano.

–Cariño, no voy a fingir que he sido un santo desde que nos conocimos en Los Ángeles, pero te aseguro que cuando te fuiste me di cuenta de que algo había cambiado en mí. De repente, quería algo más de la vida que ir de fiesta todas las noches.

–¿Estás diciendo que yo soy responsable que hayas tenido una revelación? –le espetó ella, irónica.

–No, la verdad es que soy demasiado tonto para eso –Jake se puso serio mientras miraba sus manos unidas–. No me resulta fácil admitirlo, pero durante toda mi vida he tenido miedo de enamorarme. En el fondo temía ser como mi padre, así que decidí no arriesgarme. Salía con muchas mujeres, tantas que resultaba imposible mantener una relación seria con ninguna.

¿Estaba diciéndole que era incapaz de amar a nadie?

De repente, Jake tiró de su mano para sentarla sobre sus rodillas.

–Pero entonces te conocí a ti y todo cambió.

–¿En qué sentido? –preguntó Heather.

Era maravilloso estar entre sus brazos otra vez, pero no podía creer que todo iba a ir bien entre ellos. No debía ser tan ingenua, además. Pero cuando intentó levantarse para escapar de la tentación, Jake se lo impidió.

–No podía olvidar tu sonrisa. No podía olvidarte a ti –murmuró, besando su pelo–. Me encontraba pensando en ti por las noches, lamentando no haber preguntado tu apellido o cómo podía ponerme en contacto contigo. Y eso es algo que no me había ocurrido nunca.

–¿Nunca? –murmuró Heather. Resultaba difícil creer que hubiera sido capaz de olvidar a todas las mujeres con las que había salido salvo a ella.

–Es la verdad, cariño –Jake levantó su mano para besarla–. Jamás pensé que le diría esto a una mujer, pero creo que me enamoré de ti desde que te vi en la subasta.

Los ojos de Heather se llenaron de lágrimas.

–¿Me quieres?

–Con todo mi corazón –respondió él, tomando su cara entre las

manos–. Y estoy cansado de huir, cariño. Si puedes perdonarme por ser tan idiota, lo quiero todo. Quiero casarme contigo, quiero hermanos y hermanas para Mandy… incluso quiero ese monovolumen con sillas de seguridad y pelos de perro sobre el asiento.

–¿Estás seguro?

–No he estado más seguro de nada en toda mi vida –respondió Jake, con una sonrisa en los labios–. Te amo, Heather McGwire. ¿Quieres casarte conmigo?

–Oh, Jake, yo también te quiero –las lágrimas que habían asomado a sus ojos empezaron a rodar por sus mejillas–. Pero…

–Eso es todo lo que quería saber –la interrumpió él, buscando sus labios.

Mientras se besaban, Heather supo que tenía que aprovechar esa oportunidad. Estaba loca por él. Le encantaba estar con Jake, besarlo, abrazarlo. Y saber que él quería pasar el resto de su vida demostrándole cuánto la amaba hacía que su corazón se hinchase de felicidad.

Cuando por fin se apartaron, Jake se echó hacia atrás para mirarla y el amor que vio en sus ojos le robó el aliento.

–Pero hay algo que aún no hemos aclarado.

–¿A qué te refieres?

–Dónde vamos a vivir.

Heather se mordió los labios un momento. Jamás se había imaginado viviendo en otro sitio que no fuera Kentucky, pero mientras Jake, Mandy y ella estuvieran juntos podían vivir en cualquier sitio.

–Yo nunca he vivido en una ciudad grande –le dijo–. Pero en California también hay caballos.

Jake sacudió la cabeza.

–A mí me encanta California, es uno de los sitios más bonitos del mundo, pero creo que me gustaría vivir aquí.

–¿En serio? ¿Por qué? –exclamó Heather, sorprendida–. Te oí decirle a Hunter que ibas a comprar una casa en Malibú.

–Será nuestra casa de vacaciones, pero quiero que sigas haciéndote un nombre en el mundo de las carreras. Se te da de maravilla entrenar purasangres y producir campeones, Heather. Quiero que tengas la oportunidad de ser la mejor del negocio.

–Podría hacer eso en California.

–Sí, es verdad, pero ya has convertido Hickory Hills en uno de los mejores ranchos de purasangres del país. ¿Por qué no seguir levantando un imperio?

Amándolo más con cada segundo que pasaba, Heather apoyó la cabeza en su hombro.

–¿Y tu bufete? Está en Los Ángeles y sé que eres muy conocido allí. ¿De verdad quieres dejarlo?

–Cariño, puedo trabajar aquí. Pero si quieres que te diga la verdad, estoy cansado de ayudar a la gente a romper su matrimonio –Jake hizo una pausa–. Creo que me gustaría probar qué tal se me da llevar un rancho y ayudar a mi mujer a criar campeones.

–¿De verdad?

–Además, tenerme aquí os ahorrará a Clara y a ti muchos quebraderos de cabeza.

–¿Por qué? ¿Qué tiene que ver Clara?

–Mandy puede practicar conmigo sus técnicas de lanzamiento de puré en lugar de hacerlo con vosotras –contestó Jake, riendo–. Y Daily es un buen chico, pero se parece mucho a mí cuando tenía su edad.

–Que Dios nos ayude entonces –bromeó Heather, levantando los ojos al cielo.

–Desde luego que sí. Clara va a estar muy ocupada a medida que pasen los años y yo podría serle de ayuda.

–Y ella te lo agradecería muchísimo.

Contentos de estar uno en brazos del otro, permanecieron en silencio durante unos segundos.

–No me has dado una respuesta, cariño –dijo Jake más tarde.

–¿Sobre lo de casarnos?

Él asintió con la cabeza.

–Has dicho que me quieres, pero no has aceptado oficialmente mi proposición de matrimonio. ¿Quieres casarte conmigo, Heather McGwire?

–Sí, quiero.

–¿Cuándo? –la sonrisa de Jake era suficiente para iluminar una ciudad entera–. Ya hemos perdido mucho tiempo y me gustaría hacerte mía lo antes posible.

Antes de que ella pudiera decirle que deseaba lo mismo, oyeron

risas en el vestíbulo.

–Parece que han vuelto tus hermanos.

–Estupendo –dijo Jake–. Vamos a darles la noticia.

Cuando salieron del estudio de la mano, todos se quedaron callados un momento, expectantes.

–Le he pedido a Heather que se case conmigo y ella ha aceptado.

Aparentemente sorprendidos por la noticia, todos se quedaron callados un momento y luego se pusieron a hablar a la vez.

–Me alegro muchísimo por los dos –dijo Arielle, acercándose para darles un abrazo.

Luke soltó una carcajada.

–Ya te lo dije, hermanito.

–¿Habéis elegido fecha para la boda? –les preguntó Hunter.

Sonriendo, Heather negó con la cabeza.

–No, aún no hemos llegado a eso.

Jake le dio un beso en la frente.

–Pero yo quiero que sea lo antes posible. Si fuera por mí, nos casaríamos ahora mismo.

–A mí también me gustaría –asintió Heather, mirando al hombre de su vida.

–¿Lo decís en serio? –preguntó Alyssa, dando un paso adelante.

Cuando los dos asintieron, Heather vio que las mujeres intercambiaban una mirada.

–Podemos hacerlo, chicas –dijo Arielle.

–Por supuesto que sí –asintió Callie–. ¿Mañana por la tarde os parece bien?

–Sí, pero no puede ser. Mañana es domingo y no podemos conseguir la licencia de matrimonio hasta el lunes –Heather suspiró.

–No subestimes a esta pandilla –dijo Haley, riendo.

–Vamos a hacer una lista –Cheyenne sacó cuaderno y lápiz del bolso–. Nick, ve a buscar a Emerald y Luther. Vamos a necesitar su ayuda.

–Sí, señora –respondió su marido.

Poco después Emerald entraba en el salón con su elegante bata de seda para abrazar a Jake y Heather.

–Qué alegría. ¡No os puedo decir lo contenta que estoy! –exclamó. Y luego, de repente, la dulce anciana se convirtió en una sobria ejecutiva–. Luther, averigua a quién conocemos en el

ayuntamiento de Louisville y pídele que abra la oficina mañana para solicitar una licencia de matrimonio.

Distinguido incluso en batín y zapatillas, Luther Freemont asintió con la cabeza.

–Considérelo hecho, señora.

Emerald se volvió hacia el grupo.

–Caleb, Hunter y Nick, llamad a vuestras niñeras y decidles que mi jet irá a buscarlas mañana a las doce para que los niños puedan acudir a la boda. Quiero que esté toda la familia. Luke, Zach y tú tendréis que ayudar a las chicas en todo lo que necesiten.

–¡Madre mía! –exclamó Heather. Era lógico que Emerald Larson fuese una empresaria tan poderosa. Verla en acción era como ver a un general dando órdenes en el campo de batalla.

–¿Prefieres que la ceremonia sea aquí, en el rancho, o se te ocurre algún otro sitio? –le preguntó Emerald.

–Aquí, por favor –contestó ella, sin dudarlo un momento.

–Estupendo. ¿Fuera o dentro de la casa?

–Siempre he soñado bajar esa escalera para reunirme con mi prometido en el vestíbulo –les confesó Heather.

Jake apretó su mano.

–Y yo estaré esperándote, cariño.

–Me parece maravilloso –asintió Emerald, volviéndose hacia las chicas–. Dividid la lista de cosas que hacer y empezad a trabajar mañana a primera hora. Tenemos que organizar una boda para mañana por la tarde.

Cuando Jake salió del dormitorio principal al día siguiente, Luke estaba esperándolo en el pasillo.

–¿Listo para dar el gran salto?

–Jamás pensé que diría esto, pero estoy deseándolo –le confesó él.

Ocupando su sitio al pie de la escalera, como era el deseo de Heather, Jake miró alrededor. Nunca había querido o apreciado más a su familia. Todos se habían esforzado al máximo para que la ceremonia pudiese tener lugar esa tarde y la casa tenía un aspecto maravilloso. A Heather le iba a encantar.

Cuando el cuarteto de cuerda empezó a tocar, Jake miró hacia arriba y, al ver a Heather, se quedó sin habla. Estaba absolutamente

preciosa. Su pelo castaño caía en suaves rizos sobre los hombros desnudos y el vestido de satén blanco y encaje antiguo destacaba su estrecha cintura.

Pero era su radiante sonrisa lo que no olvidaría mientras viviera.

Cuando empezó a bajar los escalones, Mandy se puso a llorar y, sonriendo, Jake le pidió a Clara que se la diera. Luego, sujetando a su hija con un brazo alargó el otro hacia su preciosa madre y juntos se colocaron frente al sacerdote para intercambiar los votos matrimoniales y convertirse en una familia de verdad.

–Ay, Luther, tenía tanto miedo de que no llegase este día –Emerald suspiró mientras se secaba las lágrimas con un pañuelo de lino–. Temía que Jake fuera como su padre y siguiera siendo un mujeriego irresponsable durante toda su vida.

–Existía tal posibilidad –asintió él.

Cuando el sacerdote declaró a Jake y Heather marido y mujer, Emerald experimentó cierta tristeza. El equipo de investigadores que había contratado para buscar a sus nietos había terminado con sus pesquisas y, aparentemente, no había más hijos de Owen por el mundo. Su familia estaba, al fin, completa.

Cuando el grupo se reunió en el vestíbulo para hacer las fotografías de rigor, le hizo un gesto a Luther.

–Tú también tienes que estar en las fotografías. Has sido fundamental para encontrar a mis nietos.

–Ha sido un placer –dijo el hombre, colocándose a su lado.

–La verdad es que voy a echar de menos ayudar a mis nietos a encontrar pareja –dijo Emerald en voz baja mientras el fotógrafo intentaba que los niños se colocaran en posición.

–Pero lo ha hecho muy bien –Luther le dio una palmadita en el brazo–. Todos han encontrado a la mujer o el hombre de su vida.

–Mi hijo provocó tanta tristeza… me alegra mucho que todos sean felices –Emerald apretó cariñosamente su mano–. Y ahora puedo concentrarme en encontrar mi propia felicidad.

Luther le devolvió el apretón, con los ojos brillantes.

–No creo que tenga que ir lejos a buscarla –le dijo con voz ronca.

Emerald sonrió, feliz.

–Yo tampoco lo creo, Luther.

Epílogo

Un año después

–¿Alguien sabe por qué Emerald nos ha llamado a todos para que viniéramos a Wichita? –Jake miró a sus hermanos y a su cuñado, que esperaban en el cuarto de estar de la mansión de Emerald Larson, pero todos se encogieron de hombros–. Pues yo tampoco sé nada.

–Lo único que me dijo es que nuestra presencia era necesaria –murmuró Luke, dejando el biberón a un lado para colocarse a su hijo de seis meses sobre el hombro.

–Yo le dije que tenía previsto ir a una subasta en Denver, pero me pidió que lo cancelase –les contó Nick.

–Arielle habla por teléfono con Emerald casi todos los días –intervino Hunter–. ¿Tú crees que ella sabe algo, Zach?

–Si lo sabe, no me lo ha dicho –contestó él, comprobando que sus gemelos dormían plácidamente en el cochecito.

–¿Y cuándo piensan volver las chicas? Llevan horas de compras –se quejó Caleb–. Los niños van a despertar de la siesta y esto se va a convertir en un circo de tres pistas.

Hunter sonrió.

–Con diez niños entre todos, a veces la cosa se pone un poco complicada.

–Y el año que viene serán once –dijo Jake, orgulloso–. Acabamos de descubrir que Heather está embarazada.

–Pues entonces serán una docena –anunció Nick–. Cheyenne está embarazada otra vez.

–Me temo que serán doce más uno –dijo Caleb, sonriendo como un crío–. Alyssa está casi en el segundo trimestre.

Mientras se felicitaban unos a otros, Emerald, Luther y las chicas entraron en la habitación.

–Imagino que estaréis preguntándoos por qué os he pedido que

vinierais este fin de semana –empezó a decir su abuela.

–Sí, se nos ha ocurrido –bromeó Jake, sonriendo cuando Heather se sentó sobre el brazo del sillón, a su lado.

No podía creer lo feliz que había sido durante aquel año. Casarse con ella era lo mejor que había hecho nunca y la quería más cada día que pasaba.

–Tengo que decir algo que os concierne a todos –dijo Emerald entonces, dejándose caer sobre uno de los sillones–. Me retiro –añadió, sin más preámbulos.

Jake estaba seguro de que podrían haber oído caer un alfiler al suelo, tal era el silencio que siguió al anuncio.

–¿Cuándo? –preguntó por fin.

–El mes que viene –Emerald hizo una pausa para que pudiesen digerir la información–. Y he decidido que todos vosotros formaréis parte del consejo de administración de Emerald Larson, S.A.

–Eso sí que es una sorpresa –murmuró Jake.

–Mantendré un diez por ciento de las acciones, pero el otro noventa por ciento será dividido en partes iguales entre todos mis nietos.

–¿Seguro que quieres retirarte? –le preguntó Arielle, aparentemente preocupada–. Empezaste con una empresa pequeña hace cincuenta años y has levantado un imperio. Ha sido toda tu vida.

Emerald sonrió serenamente.

–Pero ahora estoy dispuesta a empezar un nuevo capítulo de mi vida.

–¿Qué piensas hacer? –le preguntó Hunter.

Emerald miró a Luther y, por primera vez desde que lo habían conocido, el serio ayudante sonrió de oreja a oreja.

–Vuestra abuela va a concederme el honor de convertirse en mi esposa –anunció, poniendo una mano sobre su hombro.

–Vamos a casarnos y pensamos dar la vuelta al mundo en nuestra luna de miel –dijo Emerald, mientras apretaba su mano–. Así que cuento con todos vosotros para que Emerald Larson, S.A. siga siendo una de las empresas más sólidas del país.

Después de que todos expresaran su sorpresa y prometieran no defraudarla, Jake se aclaró la garganta.

–Creo que hablo por todos cuando digo que te deseo la mayor

felicidad. De no haber sido por ti, tal vez jamás habría encontrado a Heather y Mandy.

Todos sus hermanos estuvieron de acuerdo en que, de no ser por los esfuerzos casamenteros de Emerald y Luther, podrían no haber encontrado nunca la felicidad.

–¿Podemos ayudaros a organizar la boda? –preguntó Haley.

Jake se dio cuenta de que Emerald parecía más contenta que nunca.

–La verdad es que nos gustaría mucho. Lo hicisteis tan bien en la boda de Jake y Heather que nos preguntábamos si os gustaría organizar también la nuestra.

Las chicas, por supuesto, se mostraron encantadas.

–Creo que es hora de que nos retiremos al salón, chicos –anunció Hunter, levantándose–. Los Astros juegan contra los Cardinals esta tarde.

–Si no os importa, voy con vosotros –se apuntó Luther, sorprendiéndolos a todos–. Perdóname, cariño –dijo luego, besando a Emerald en la mejilla–. Creo que voy a intentar «enrollarme» con mis futuros nietos, como dicen ahora.

–Ah, puede que haya esperanza para ti entonces –bromeó Jake.

Luther le guiñó un ojo.

–Yo apuesto veinte dólares a que ganan los Cardinals. ¿Alguien se anima?

Emerald miró a sus nietos y al hombre que había estado a su lado durante los últimos cuarenta años y sonrió, feliz. En sus tiempos, los niños que nacían fuera del matrimonio eran considerados ilegítimos y en algunos casos acababan en orfanatos, pero ella jamás había considerado ilegítimos a los hijos de Owen.

Había removido cielo y tierra para encontrarlos y ahora estaba rodeada de nietos y bisnietos…

Había hecho todo lo posible para ayudarlos a encontrar a su alma gemela y, para su inmensa satisfacción, lo había conseguido.